







Leticia Ocharán,
Corazón del sur

Roberto López Moreno
(Coordinador)

DOGMA EDITORIAL

Leticia Ocharán, corazón del sur

1ra. Edición, octubre 2026.

D.R.© 2026, Roberto López Moreno.
D.R.© 2026, Ivan Cruz Osorio
(Dogma Editorial)
Barracuda #20, Del Mar,
Tláhuac, Ciudad de México, México.

Diseño de portada: ICO.
Fotografías de Leticia Ocharán: Archivo RLM.

ISBN: 978-607-9064-61-7

Impreso y hecho en México.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este volumen, salvo para fines educativos, de otra manera será necesaria la autorización escrita del editor y/o autor de la obra. Las características de composición, diseño y formato son propiedad de la editorial.



©DOGMAEDITORIAL

Prólogo

Leticia Ocharán fue un talento y un impulso creador que, como muchos otros importantes artistas mexicanos, desarrolló lo más trascendente de su obra pictórica en la atmósfera coyoacanense. Mujer del sur del país, de Tabasco, en el sur de la Ciudad de México, en Coyoacán, mantuvo durante muchos años su estudio (Segundo retorno de Zaragoza) y en plena integración con el medio, su estudio-taller se convirtió, en distintas ocasiones, en espacio para el recital poético, la mesa redonda, la conferencia sobre la cultura contemporánea, la tertulia artística y para realizar las actividades del Taller de Expresión Artística del que fue fundadora y presidenta.

Al fallecer, el 23 de octubre de 1997, había dejado ya una obra vasta de la que aquí presentamos una ligera muestra en sus diversas vertientes, pues su inagotable quehacer la llevó a trabajar por igual en los campos de la pintura (tanto abstracta como figurativa), el dibujo, (realizó, además, algún filme de dibujos animados), el grabado, el mural, el performance, la ambientación, no dejó de incursionar en la escultura, aunque con piezas pequeñas, y en otras varias expresiones de la plástica; incluso ayudó a impulsar las propuestas del Arte-correo y la Poesía visual.

A lo largo de este enorme torrente de creatividad, contó con la atención de principalísimos críticos y estudiosos de las artes plásticas hacia su trabajo, como Hugo Covantes, Mónica Mayer (estos dos también creadores plásticos), la maestra Berta Taracena, los maestros Armando Torres Michúa y Alberto Híjar, y don Antonio Rodríguez, autores, los tres últimos, de libros acerca de su obra, y de periodistas como Angelina Camargo —a quien se debe, en Excélsior, una entrevista en la que anuncia una importante donación de cuadros que la Ocharán hiciera a la UNESCO— y Guadalupe Pereyra, quien publicara

en el periódico *El Nacional* un bello y sentido texto al siguiente día de la muerte de la artista. En este acercamiento a su trabajo, también participaron escritores como Andrés González Pagés, Efraín Huerta, Thelma Nava, Leopoldo Borrás, Aurora Reyes, Miguel Guardia, Dionicio Morales, Enrique González Rojo-Arthur, Roberto López Moreno, quien fuera su esposo, Carmen de la Fuente, Jorge Solís Arenazas, Ángel Carlos Sánchez, Oscar Wong y Miguel Ángel Aguilar Huerta, entre otros muchos.

Aquí reunimos fragmentos de prólogos de los libros en donde los estudiosos dan sus calificados puntos de vista sobre la labor de esta artista que todavía se dio el tiempo necesario para ejercer la crítica de arte con una visión lúcida de la cultura de su tiempo, enriqueciendo las páginas del periodismo nacional.

Leticia Ocharán viajó por los cinco continentes en defensa de sus compañeros artistas, ya que durante dos gestiones consecutivas ocupó la presidencia de la Asociación Internacional de Artistas Plásticos (Comité mexicano) afiliada a la UNESCO (AIAP / UNESCO), de la que al morir era presidenta honoraria, y de la ARTAC (Asociación de Artistas Plásticos de México), fundada y presidida originalmente por David Alfaro Siqueiros. Si en lo político sostuvo siempre una posición democrática como lo demuestran sus cuadros a Emiliano Zapata, a Salvador Allende y "Mes de Julio", dedicado a la Revolución Cubana; en lo cultural libró una lucha denodada a favor de los derechos de autor y contra los abusos que se cometen en perjuicio de los artistas. Fungió también como miembro de la mesa directiva del Salón de la Plástica Mexicana y en años anteriores como miembro del Taller de Gráfica Popular.

Este es un breve homenaje para la bella y talentosa artista, crítica y periodista (cofundadora del Premio de Periodismo El Gallo Pitagórico, dentro del marco del Festival Internacional Cervantino) que enriqueció la cultura mexicana con su trabajo y su inteligencia.





Los libros acerca de la pintora

Por Andrés González Pagés

El situarse frente a una serie de cuadros abstractos de Leticia Ocharán puede llevar a la recuperación de aquella fantasía —que todos hemos elaborado alguna vez y que quizás algún día resulte ser una realidad— en la cual el micro y el macrocosmos no son sino dos dimensiones extremas de un mismo juego: los átomos, acabadísimos sistemas solares poblados por hombres como nosotros, se hallan contenidos en galaxias llamadas moléculas que son la materia de objetos u organismos visibles y palpables. Los planetas que conocemos, por su parte, son sólo electrones de átomos de moléculas de gigantes inconmensurables que se aman en un jardín en cuyo polen o en cuyo rocío nosotros deseamos habitar pese a nuestros terribles defectos y contradicciones.

Como todo arte abstracto, la pintura de Leticia Ocharán parece excluir al hombre y su contexto; parece olvidar esta posibilidad intermedia del juego universal que es su conciencia. Pero no se necesitan ojos extremadamente agudos ni aculturados para descubrir en esta pintura, como una constante nutricia de soles o de mórulas, elementos de anatómica raigambre que debieran bastarnos para superar toda apariencia de deshumanización. En efecto, volúmenes y espacios femeninos se integran, aquí y allá, a las estructuras y a los colores. Y para quien quiera ver esta pintura desde una posición de humanista, el proceso es al revés; es en torno a los senos jóvenes y a las vulvas vigorosas que se desarrollan en los planos coloreados y los equilibrios de la composición.

Por todo lo anteriormente dicho, la pintura de Leticia Ocharán estaría más cerca de lo figurativo que de lo abstracto; es este, ya, asunto del observador. Porque una característica del arte abstracto, quizá la más trascendental, es que obliga al

espectador a colaborar con él, a participar como coautor, a otorgar a las formas que observa el contenido que le nazca ponerles de acuerdo con sus propias experiencias vitales y su propio bagaje cultural. Porque el abstraccionismo consiste en tomar las formas de la realidad para representar, a través de ellas, las relaciones esenciales que dichas formas guardan en la propia realidad. De este modo, el arte abstracto abre un ámbito de interpretación tan rico como la naturaleza misma. Las estructuras generales de la naturaleza son las fuerzas que nutren las relaciones formales con las que este arte trabaja.

Hablando en términos del comunicólogo canadiense Marshall McLuhan, el arte abstracto es un medio "frío", o sea que obliga a una gran actividad imaginativa por parte del observador, dado que este recibe de la obra observada muy poca información. Un cuadro realista, por bueno que sea, entrega al observador la realidad "digerida", le niega casi del todo la posibilidad de enriquecerlo. Desde luego, este peligro lo tiene también el artista que prefiere desenvolverse hoy en día por lo figurativo, sobre todo mientras más "reales" sean sus figuras. Para salir bien librado, el figurativista que de veras quiera ser un creador, un verdadero artista y no un artesano repetidor de formas, deberá dotar su obra con elementos nuevos, nunca antes vistos, lo cual resulta cada vez más difícil.

Por ejemplo, Leticia Ocharán muestra su calidad de artista, respecto de lo dicho en el párrafo anterior, al mostrarnos los bocetos al pastel de los que han sido algunos de sus cuadros en acrílico: nunca el cuadro grande resulta idéntico al boceto, si bien es claro que proviene de él. Ella explica que los materiales distintos la obligan al cambio, "que no le responden igual al tratarlos ", y eso ha de ser cierto, pues sabemos bien que a través de la historia distintos materiales han llevado a los artistas a expresarse de modos distintos; pero nosotros creemos que, sobre todo, el cambio que Leticia Ocharán aplica cuando realiza en dimensiones mayores y en acrílicos lo que antes fue un pastel más o menos pequeño, se debe a que no

puede copiarse ni a sí misma. Y logra al final, así, dos obras verdaderas, una al pastel y otra en acrílico, siendo variaciones la una de la otra, en vez de simple boceto la una de la otra. Esto explica en parte la evolución de los estilos a través del tiempo.

En la obra de Leticia Ocharán se viaja siempre hacia dos extremos: el micro y el macrocosmos ya señalados, lo texturado y lo liso, lo oscuro y lo claro, lo curvo y lo recto, lo cálido y lo frío, lo sucio y lo limpio. Se trata de un trabajo constante de variaciones sobre un mismo concepto.

Viendo las pinturas abstractas de Leticia Ocharán se recuerda, asimismo, a Beethoven cuando dijo que el piano ya no le alcanzaba para expresarse. Algunos cuadros de los que ahora comentamos parecen decirnos que, para sus proporciones siempre monumentales, a la artista le resulta pequeña aun la gran superficie de una tela montada sobre un bastidor de varios metros de lado. Que no le alcanza, para expresarse, el cuadro de caballete, si bien los cuadros a los que nos referimos no pueden haber sido sino pintados apoyándolos en una pared, pues no hay caballete que pueda soportarlos. Es decir, que Leticia Ocharán parece tener aspiraciones de muralista. Hacemos votos porque pronto haga cantar los muros como ahora las telas. Un mayor número de hombres podrá gozar entonces de sus fantasías espaciales y de sus contrastes. Un mayor número de hombres podrá entonces profundizar en sí mismos con su estímulo de colores y humanismo.

(Fragmento)
Leticia Ocharán: 20 Obras.
Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco.
julio de 1979.

Por Alberto Híjar

Por lo visto, Leticia Ocharán transita caminos diversos para producir signos: ha buscado lo característico de ciertas zonas corpóreas para abstraerlas, y con un toque de color cargarlas de sexualidad; ha incorporado recursos gráficos como el montaje de planos, con referencias de fotografías cortadas en situaciones pictóricas; se ha apropiado de las líneas de fuerza futurista para establecer cortes análogos a los que poseemos en nuestro cuerpo; ha recurrido, en fin, al recurso de la texturación y el colorido, de la línea y del dibujo tonal, hasta hacer el tránsito de lo sucio a la limpidez, una posibilidad significativa que en otra parte ha explicado bien Andrés González Pagés (*200 obras, Leticia Ocharán*,.gobierno del Estado de Tabasco, 1980).

Pero nada de esto es repertorio de recursos aislados, sino ha ido complicando la obra de Leticia. En efecto, apenas es posible identificar una etapa abstraccionista en su obra de la que incluye la figuración. Apenas se puede hacer esto porque en realidad nunca ha separado los recursos sígnicos; más bien ha hecho que uno se apoye en el otro. Se la puede acusar de cualquier cosa menos de simplismo. Tampoco se la puede acusar de complicar gratuitamente, más bien se descubre en ella el afán constante de significar un mismo tema, un solo problema: el lugar de la mujer y las relaciones sexuales.

Hay obras de Leticia con una sola figura más o menos completa a la que rodean o significan por contigüidad, toques de color o textura. Hay otras en las que se vale de la peligrosa composición de balanza con corte al centro y dos masas, que sin ser iguales resultan equivalentes. Otras veces es la misma figura femenina la que da lugar a diferentes composiciones, acumulando ojos o bocas, pero también rayones o manchas. Todo esto da lugar a series que en realidad son parte de una

gran serie que es la obra total de una artista consecuente y organizada.

La serie es un modo de producción en el que el artesano trabaja y trabaja un problema hasta conseguir soluciones diversas. Hay quien dedica su vida entera a trabajar de esta manera. Otros optan por la serie, cuando hay un acontecimiento que ocupa la atención y los toma desprevenidos, porque en realidad nunca antes les había interesado el problema. Leticia Ocharán no trabaja por la ocasión, pero tampoco por el oportunismo. Al revés, de manera constante ha propiciado el trabajo de talleres donde comparte sus conocimientos con otros, hasta conseguir un enriquecimiento entrecruzado de experiencias. Leticia socializa así su proceso creativo al apropiarse de los otros, al mismo tiempo que confronta y deslinda sus propias posibilidades. No es que este método creativo sea nuevo, pero llevarlo a la práctica de manera constante revela una posición y alienta una tendencia. Esta tendencia propiciada entre artistas fraternos obliga a Leticia a ocuparse de la valoración del arte, no sólo del suyo, sino de toda la producción a su alrededor, de lo que la afecta y de lo que la niega, de lo que la alienta y de lo que la contradice.

Pero de nada sirve en el trabajo artístico todo lo que se haga para influir en la circulación y valoración si no hay una producción de signos consistente. Cuando esto ocurre es la garantía de que tarde o temprano se reconozca el trabajo artístico. Lo de reconocer es en sentido estricto, porque el puro trabajo de difusión de proyectos, actitudes y posiciones, sólo produce a la promoción personal. En cambio, cuando hay transformación de signos, el proceso de producción, circulación y valoración, acaba por reproducir los intereses que el artista propone. Leticia Ocharán se ha propuesto el trabajo en talleres, tanto de colegas como de iniciados, con una posición solidaria con las luchas populares. A la par trabaja con la pintura y la gráfica, colabora con proyectos literarios y hace crítica de arte, todo ello para ganar claridad. Todo esto es pertinente

señalarlo, porque no es habitual encontrar trabajadores artísticos que abarquen con rigor todo el proceso productivo de signos, desde su origen hasta su valoración.

Ya se dijo que el punto clave del trabajo propiamente artístico está en la transformación sígnica. Esto no quiere decir que lo demás no importe, sino que pretende plantear límites entre la lucha artística y la lucha ideológica. Una alienta a la otra, pero ambas son irreductibles. Cuando la primera se aplica conscientemente a la segunda, se convierte en una lucha por la significación que procura romper con la codificación ideológica de los signos. En el caso del tema de la lucha entre Eros y Tánatos es obvio, a estas alturas de la historia del arte, que se ha transformado en formas que al fin de cuentas se reducen, sobre todo en la cultura europea, a combinaciones entre la curva y la recta, o a combinaciones entre una serie de una u otra, para producir la visión de lucha necesaria. Los artistas plásticos tienen ante sí una pesada carga de signos codificados por la literatura y por una solución formal al fin de cuentas reductible a combinaciones simples. Para romper con esta carga, Leticia aplica un repertorio de recursos significantes que ya quedó descrito al inicio de este ensayo, pero es importante destacar que no juega indistintamente con las formas, sino que procura relacionarlas en lo que tienen de gráfico y de pictórico hasta construir un universo en el que ambos desaparecen en beneficio de una nueva significación. Todo esto da lugar a series. Da lugar porque el trabajo creativo, si lo es, siempre termina por exhibir un método, y lo mejor para que este se realice es la serie. En ella Leticia va probando todas y cada una de las cualidades de su repertorio. Unas veces recurre a lo más simple, otras a lo más complejo, hasta producir la necesidad de lecturas diversas de la serie y del lugar de cada una de sus partes. Para decirlo en sentido negativo, la monotonía no existe en estas series porque no hay redundancia, ese empeño de la incapacidad creativa en hacer siempre lo mismo, aunque con diferentes apariencias. Por supuesto, si se actúa creativamente, cada tratamiento

desarrolla en particular un método, que enriquece y replica al método general necesario al repertorio formal usado. Esto es el principio contra la redundancia y contra la codificación consiguiente.

(Fragmento)
Leticia Ocharán: Eros y Tánatos.
Lo simple y lo complejo.
UNAM,1986.

Por Antonio Rodríguez

En México han escrito o dictado libros y artículos David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, José Clemente Orozco, Fernando Leal, Rodríguez Lozano, Carlos Mérida, Agustín Lazo y José Moreno Villa, español tras terrado de quien no sabría decir si fue escritor que pintó o pintor que escribió libros, uno de ellos tan excelente como *Lo mexicano en las artes plásticas*.

Lo poco común es que un artista ejerza simultáneamente la pintura y la crítica de arte. Crespo de la Serna y Ceferino Palencia sistematizaron el ejercicio de la crítica después de abandonar la práctica de la pintura, Justino Fernández dibujó mucho, pero fue sobre todo como investigador de las artes, crítico y esteta que se realizó.

Leticia Ocharán es, en nuestro medio, el caso excepcional de una artista que se dedica sistemáticamente a la crítica, sin pensar que ninguna de estas manifestaciones del espíritu se oponga a las otras, considerando, al contrario, que la crítica de la obra ajena lo obliga a uno a ser más exigente con la suya propia.

En efecto, y como se sabe, Leticia Ocharán ha escrito en numerosos periódicos y revistas, y mantiene una colaboración continua, desde hace poco más de cuatro años, en una publicación de la capital. La crítica es seguramente en ella la prolongación de los estudios sobre estética que cursó en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional Autónoma de México, y de la enseñanza que imparte en instituciones docentes del país.

A esa cultura teórica, aliada a sus propios conocimientos como artista, se deben algunos magníficos ensayos sobre Picasso, Rodríguez Lozano, Benito Messeguer, Aurora Reyes y otros que le conocemos. Pero Leticia Ocharán es, ante todo, pintora y grabadora, y es en esta calidad que se presenta,

desde 1968, en numerosas galerías y museos de México y otros países: Turquía, Bulgaria, Polonia, Inglaterra, Mónaco, Brasil, Uruguay, Puerto Rico, El Salvador y los Estados Unidos.

Fue en calidad de pintora que el Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco —su estado natal— le consagró en 1980 un libro con veinte reproducciones, a todo color, de su nueva producción artística.

Debemos comenzar por decir lo que resulta obvio: que la obra reproducida en este libro, así como la mayor parte de la producción artística de Leticia Ocharán, distan mucho de ser la reproducción objetiva de la realidad, tal como ciertos *naturalistas* sin imaginación lo hicieron durante mucho tiempo, y algunos lo siguen haciendo.

En cierto modo es abstracta, pero sin el dogmatismo de las más estrictas tendencias del abstraccionismo, para las cuales "el arte abstracto es el que descarta toda referencia o evocación de la realidad". De acuerdo con este criterio, el empleo del verde es una alusión o encadenamiento de la naturaleza, por lo cual sólo se llega a un verdadero abstraccionismo cuando Malevich, el creador del suprematismo, pinta su famoso *Cuadrado blanco sobre un fondo blanco*.

Leticia Ocharán es pintora abstracta en el sentido en que suprime la anécdota, hace tabla rasa del relato y deja a la pintura como tal el papel decisivo en su obra; es abstracta como todo arte imaginativo lo es, pues abstrae de la realidad que nos envuelve todo lo innecesario para su creación artística; pero no faltan en sus cuadros ni en sus grabados alusiones a la mitología maya, al paisaje (por supuesto reinventado) de La Venta, a ciertos aspectos de la naturaleza y, sobre todo, a Eros.

Uno de los libros en los que colaboró con el poeta Roberto López Moreno, su esposo, se llama, precisamente, *Trece tiempos de Eros*. Pero el erotismo que ella desarrolla, tanto en su obra pictórica como gráfica, es un erotismo sutil —sensorial y a la vez racional—, totalmente ajeno a ese erotismo fácil y obvio que casi siempre está a un milímetro de la pornografía.

En este sentido, es una obra de sugerencias, en la cual algunos detalles del cuerpo humano, sabiamente magnificados, se transmutan en metáforas que la imaginación y la sensibilidad del contemplador descifran y recrean; porque su arte se destina, precisamente, a estimular la imaginación de espectadores activos.

Líneas que se deslizan voluptuosamente por el papel (se trata, claro está, de grabados); luces que al destacarse forman frutos; múltiples y enmarañados trazos que devienen vegetación carnal; conchas que se abren ante la aurora; confluencias, en un punto, de polos cargados de energía: algo como un temblor de tierra en sus convulsiones sísmicas. Todo eso conforma una parte del erotismo poético de la artista.

Ya con esto estamos diciendo que su obra abstracta —colores, líneas, oposición de contrarios, fuerzas en equilibrio, texturas, trazos que provocan rompimiento, rasgaduras— se refieren con frecuencia a realidades palpables, visibles: senos, vientres, pubis, sugerencia de contactos y orgasmos, pero, permítase el término, *abstractizadas*.

No sólo rompe Leticia con su nada dogmático abstraccionismo cuando coloca frente a frente a Dos cuerpos humanos; pinta, con sentido de deber social, la contaminación que destruye la ecología y mata físicamente al hombre. A la vez, asume una postura política y social cuando su conciencia lo indica. Lo hizo, por ejemplo, al pintar y exhibir el cuadro *Réquiem por la caída de Allende*, poniendo de manifiesto su indignación por la derrota de la democracia en Chile.

Por supuesto, no queremos *liberar* a la artista del pecado de la abstracción. En el arte de nuestro siglo ya no hay *pecados*, ni cuentan las *maldiciones*. Sólo la falta de imaginación y de poesía es verdadero pecado. Y de ambos —imaginación y poesía— está poblada toda la obra de la pintora. Únicamente hemos querido señalar la peculiaridad de un arte que, ajeno a todos los dogmas, se ha preocupado fundamentalmente por los valores formales de la obra, sin considerar que incurre en un crimen de la estética al evocar aquí y allá un aspecto de la vida,

al transmutar una forma de la naturaleza en metáfora o en utilizar el lenguaje del arte para entonar un himno a la libertad.

El mural que Leticia Ocharán realizó para el museo de sitio de La Venta reafirma, si hubiera necesidad de ello, lo que en el texto de este libro se ha dicho acerca de las dotes de la artista como dibujante y pintora, tanto de cuadros de caballete como de obras murales de grandes dimensiones.

Obligada a circunscribirse al espacio que en el referido museo se dedicó a tal fin —2.00 X 6.70 metros—, la artista tuvo, en primer lugar, que dividir la superficie longitudinal del cuadro-mural en tres espacios pictóricos, a fin de que ópticamente pareciera menos angosto de lo que en realidad es.

Venciendo de esta manera el espacio real de que disponía en un verdadero reto, representó la pintura el sitio geográfico donde se desarrolló el núcleo central de la cultura olmeca, en un inmenso entorno vegetal pleno de luz y vida.

Artista que, respondiendo a la tradición de los viejos muralistas, que estudiaban, a la vez, la arqueología y la mitología de los pueblos que interpretaban plásticamente, Leticia Ocharán representó, en un jaguar de fuego y en una libérrima interpretación de una serpiente que vuela, la lucha de las fuerzas terrenales y divinas que el hombre, con su poderosa imaginación, creó para explicarse a sí mismo el mundo que lo rodea.

El trasplante, altamente creativo, de la escultura pétrea, del sutil dibujo de las estelas o del animado mosaico de los pisos en este grandioso fresco (pintado con acrílicos) es una expresión elocuente de las facultades de Leticia Ocharán, como pintora que es tan capaz de crear arte al jugar con la luz y los colores, como de hacerlo al transmutar la realidad, sin traicionarla, hacia el dominio de la más libre fantasía.

(Fragmento)
Leticia Ocharán Abstracción y sugerencia de lo real.
ICT Ediciones.
Gobierno del Estado de Tabasco, 1990.

Por Armando Torres Michúa

Leticia Ocharán, pintora, grabadora, dibujante, crítica y promotora de arte, así como defensora de los derechos y tareas gremiales de los artistas plásticos, aparece siempre como una infatigable especialista de la plástica mexicana. Penetrante y hábil conocedora de técnicas y recursos estéticos, Leticia Ocharán explora hoy una variada gama de posibilidades expresivas del dibujo en esta serie que reúne experiencias tanto gráficas como conceptuales y hasta políticas.

Las obras que presenta no son ni meros esbozos o bosquejos, ni tampoco ilustraciones de un acontecimiento, sino ensayos dibujísticos que parten de la ambigüedad con la que entiende el concepto de dibujo y una loable capacidad de transmutar sus observaciones sobre la realidad. Por ello la variante y el desarrollo de diversos recursos expresivos, que se encuentran en las distintas técnicas, y el enfoque, de acertada actualidad, de los hechos que la motivan.

De ahí la eficacia de la conjunción en la variedad de procedimientos que Leticia Ocharán propone. Los trazos del carbón, la pluma, el pastel, el pincel o el lápiz le sirven para obtener distintas calidades y efectos que están en función de la propuesta de cada imagen, y por ello cambian de uno a otro. En ocasiones, con el mismo medio puede rayar o delinear, para, en otras, manchar o destacar un motivo y hasta proveerse de recursos de raigambre pictoricista (como la pistola de aire) o del diseño (como la tipografía por medio de plantillas).

En esta serie de dibujos puede apreciarse desde el proverbial empleo del dibujo lineal y claroscurista (por ejemplo, en las figuras de *Réquiem por un estudiante*), hasta la actividad gestual en la que rayones, salpicados, manchas y pincelazos dan contexto o conforman las figuras, pasando por el empleo de

contornos ágiles y recompuestos, o esquemáticos y sintéticos (*La danza macabra, La muerte no es verdad*). En algunas composiciones se advierte una recuperación del sentido del *graffiti* y el valor del contraste entre las letras manuscritas, las grafías y los perfiles recortados de los signos tipográficos (*Sala de espera, Cancelado*).

Una temática que recupera el sentido de lo cotidiano y que es a la vez un testimonio de acontecimientos históricos (la represión, los *halcones*, el sentido opresivo de la realidad, que se encuentra en la basura o en la miseria) preside su actividad dibujística. Por eso las menciones del '68, de los *halcones* del '71 y el carácter caógeno de muchas de sus escenas o la aparición de perros furibundos o personas caídas o comiendo.

Más que un ejercicio de estilo (en el que se aprecia su conocimiento visual del arte, en especial del mexicano), este conjunto de dibujos le sirve a la artista para intentar actualizar una visión social (muy concreta en nuestro país) sobre una finalidad primordial del arte: el compromiso social y político, y la memoria histórica. No obstante, Leticia Ocharán parafrasea, a veces, o recrea, en otras, a grandes artistas o corrientes del arte mexicano. Se advierten atinados ecos orozquistas y siquerianos (*El chisme*, "Serie de Muydbridge", *La danza macabra, Mujeres bajo la lluvia*).

Muchas de las imágenes que logra Leticia Ocharán se actualizan con recursos muy contrastados que provienen de campos como la figuración narrativa, el acento expresionista, la apariencia del bosquejo, la intención gráfica de conferirle valor de obra terminada al apunte callejero o al estudio recompuesto.

Una señalada particularidad del estilo personal ocharense de estos cuadros es el interés de poner en contexto elementos y figuras. Con ello enriquece no sólo las imágenes, sino que facilita la interpretación o lectura, pero, al mismo tiempo, sobrepone u oculta personajes, con lo que agrega dinamismo a la composición y evita simplismos. Se trata de obras de exaltados valores y contrastes claroscuristas,

y a pesar de la multiplicidad de detalles, ostentan, casi siempre, una claridad compositiva dentro de su complejidad de propuestas y significados.

Lo que confiere unidad a composiciones de tan marcada diversificación temática, y aún técnica, es el ambiente de conglomerado urbano, de sentimiento opresivo de la realidad, de testimonio plástico anclado en experiencias comunes a todos nosotros, las referencias conceptuales: (PRI-VADO) y las cancelaciones de una imagen con rayados, letreros, corrimientos y ensuciados.

Dibujos de atractivo poderoso, no pretenden, no obstante, gustar o ser bonitos —y no nada más por las marcas informales o expresionistas—, como dar cuenta de una forma de apreciar la realidad. Son, además, ejemplares en el sentido de mostrar una preocupación por los contenidos y no meros ejercicios formalistas. A mi parecer, denuncian un entorno ominoso y, de alguna manera, recuerdan que la contaminación no es meramente un problema de destrucción de la naturaleza como de acumulación o descuido del ambiente que nos rodea.

Leticia Ocharán: La urbe que fue clara
Editorial Claves Latinoamericanas, 1997.





Iris feminista

La crítica como potencial subversivo

Por Ysabel Gracida

Leticia Ocharán fue una artista que cumplió sobradamente las tareas de su profesión al propiciar la discusión, la búsqueda, el rompimiento de implícitos no sólo sobre el papel de las mujeres en el arte, sino también sobre la revisión y construcción de algunos mitos que la institución cultural ha generado para reforzar en las sociedades ideas fijas, inamovibles de la naturaleza del arte.

El trabajo de Leticia Ocharán nos ayudó a descubrir y a marcar distinciones en acercamiento al hecho artístico que tradicionalmente estaban poderosamente influidos por ciertos valores que se vuelven opresivos, por los prejuicios que se perpetúan para definir el arte en distintas sociedades. Leticia conjugó de manera extraordinariamente lúcida una conciencia política y una conciencia del ser artista para subrayar y combatir suposiciones y restricciones en el arte y hacer posible el entrecruzamiento de planos de interioridad, de iluminación del presente y del futuro, de la fascinación por el proceso artístico.

Su incursión en distintas disciplinas y técnicas del artista plástico es de sobra conocida y obedece a esa idea de movilidad, de quebrantamiento del orden simbólico restrictivo, de las múltiples reducciones a las cuales obliga una sociedad que no se mueve. Las contradicciones y las complejidades de ser artista fueron motivo no sólo de sus propuestas estéticas en el óleo, el mural, el dibujo, los recursos alternativos diversos, sino de manera más específica en su talentoso trabajo como crítica de arte, como intérprete del proceso creador, como escritora de mirada inteligente y plural que permitió valorar

con rigor y propositivamente gran parte de la producción artística de este país y del mundo en un lapso de veinte años.

Las inquietudes intelectuales de Leticia Ocharán se proponen el análisis a fondo de historias oficiales, broncíneas, de procesos de creación y socialización del arte dispares; Leticia también quiso en su labor como crítica encontrar lenguajes adecuados donde tuviera sentido la policromía y no sólo los blancos y negros que promueven las muchas nostalgias condicionantes de parálisis diversas.

El trabajo de Ocharán como crítica está determinado desde finales de la década de los setenta por su participación en medios periodísticos entre los que destacan el suplemento cultural de *El Heraldo*, el periódico *Oposición*, la revista *Plural* en la que firmó durante un lapso significativo la columna "La imagen escrita". Publicó también y fue cofundadora de la revista *Zurda*, en *Diorama de la Cultura* de *Excélsior*, en *El Gallo Ilustrado* del periódico *El Día*, en la revista *Testimonios* que coordinaba el también recientemente desaparecido Manuel Blanco, en la *Revista mexicana de cultura* de el periódico *El Nacional*, en el semanario cultural *Athenea*, de *Ovaciones*, en el *Finsemanario* de *El Financiero* y en la revista *Mira* por mencionar sólo los espacios en los que Leticia colaboró con regularidad, pero es más que evidente que su participación como crítica recorrió los diarios más representativos del país al mismo tiempo que tuvo colaboraciones en distintas publicaciones del extranjero.

Al revisar decenas de sus artículos encontré que su labor como crítica de arte es una labor que conjunta conocimiento (conciencia estética) sensibilidad, claridad en sus juicios, talento propositivo. Para Leticia la escritura en un medio periodístico no significó nunca un trabajo realizado con la idea de lo efímero de la escritura cotidiana, no significó nunca falta de rigor, por el contrario, se observa en su trabajo periodístico una calidad que desmiente lo momentáneo y da cuenta de una labor de investigación y de conocimiento que se traduce en extraordinarias herramientas conceptuales y metodológicas

que desmienten del todo algunas preconcepciones que sobre la crítica de arte han sido emitidas desde la tradición.

Pero el rigor, la disciplina, el talento conceptual con el que Leticia se acercaba a las expresiones de otros artistas, de otras manifestaciones de la cultura nunca la hizo una mujer que predicara como desde el púlpito, que se definiera desde la solemnidad de su decir, muy por el contrario, y ello la hace todavía más particular y más entrañable, en el trabajo crítico de Leticia Ocharán la crítica era también producción imaginativa, fantasía, ilusión, propuestas esperanzadoras y optimistas. No acudimos a los textos de Leticia crítica de arte como al regaño en el que se convierte el tono de otros críticos, acudimos a su trabajo como de la mano, como entre pares que al mismo tiempo que trabajan con saberes compartidos también están dispuestos a mirar de otra forma, a permitirse otros acercamientos a la creación, a sus procesos sin que de ellos se deriven verdades incuestionables sino construcciones compartidas.

Vale aquí decir que gran parte de la fuerza de Leticia Ocharán como crítica surge también de su absoluta asunción de una postura feminista muy avanzada que nunca incorporó los absurdos declarativos de muchas posturas de los años sesenta y que lejos de ello mantuvo una posición por la defensa de las diferencias en el género. En este sentido, sus textos atraviesan distintas gamas tonales que recuperan el amor, el dolor, la felicidad, el deseo en la travesía de diversos discursos que adquieren nueva mirada, nuevas formas de revitalizar lo otro, no sólo en lo que se refiere al género, sino a todo tipo de exclusiones entre las cuales la marginación social se volvería recurrencia, no sólo en los temas de su obra como artista sino en sus preocupaciones como crítica.

La tarea de futuros investigadores del arte, ya sea desde los institutos de las universidades o de cualquier otro claustro académico es muy seductora si empiezan a trabajar sobre las publicaciones que hizo Leticia en distintos medios. Se

encontrarán allí toda una oportunidad de acercarse a las producciones de las artes plásticas a través de distintas formas y autores. A Leticia lo mismo le vamos a encontrar ensayos sobre cerámica, que sobre arquitectura, fotografía, acuarela, escultura, tecnología, performance o poesía visual. Lo mismo aparecerán en sus textos los nombres de David Alfaro Siqueiros, Manuel Felguérez, Mathias Goeritz, Guillermo Meza, Aurora Reyes, Francisco Corzas, Henry Moore o Francisco Toledo. Transita por la fuerza de la obra de Gerardo Cantú, Benito Messeguer, José María Velasco, Fernando Castro Pacheco, Carlos García Estrada, Germán Cueto, Pedro Coronel, Vicente Rojo, Roberto Montenegro. Analiza los conceptos y propuestas de las expresiones chicanas, así como de Salvador Dalí, Rufino Tamayo, Félix Beltrán, Tapio Wirkkala, Marcelo Bonevardi, Wilfredo Lam, Francisco Peláez o Gunter Gerzso.

Recorre distintas instancias del arte universal a través de momentos y representaciones clave como la Escuela Mexicana de Pintura, el arte búlgaro, la pintura estadunidense, el posmodernismo, el arte medieval, el arte dominicano, la pintura mexicana de la ingenuidad, el arte colonial en México manteniendo siempre tanto por lo que respecta a la obra de artistas en particular como a concepciones universales de esta expresión su crítica a la falta de imaginación, a la ausencia de verdaderas investigaciones de campo; a las limitaciones de muchos curadores, críticos, promotores. Son de importancia esencial sus trabajos sobre la relación del arte mexicano y el TLC, así como sus defensas a ultranza de los derechos autorales de los artistas frente a la sociedad de consumo, a los inversionistas, a las pillerías de los grandes consorcios.

Su trabajo en la dirigencia y al interior del Salón de la Plástica Mexicana, así como su destacada presencia en la presidencia del Comité Mexicano de la Asociación Internacional de Artes Plásticas (AIAP/UNESCO) fueron motores decisivos para la defensa de un gremio que lamentablemente deja ver más sus propias individualidades, sus relaciones en

la sección de sociales en los periódicos, sus quince minutos de fama que la defensa de sus derechos.

Hablar de los hallazgos, de las proposiciones, de las búsquedas de Leticia Ocharán en su trabajo como crítica requiere, sin exagerar, un curso completo que permita leer a fondo centenares de artículos en periódicos y revistas, libros diversos y algunos testimonios que en el audio y el video también se conservan de distintas participaciones sobre temas diversos con respecto al arte, al artista y sus procesos.

Recordar hoy a Leticia no debe convertirse en una nostalgia improductiva, en una fecha que salude su ausencia, por el contrario, se habrá de reivindicar en esta fecha y de modo permanente la significación de una mujer y una artista como ella que con un extenso vocabulario iluminado con la luz de su pensamiento y una abierta defensa al arte honesto y a sus compañeros artistas, dio sentido a la totalidad de su trabajo.

México, D. F. 1998.



Dos críticas de arte

Una semblanza

Por Berta Taracena

Leticia Ocharán (1942-1997) destacó en la crítica de arte con ensayos, estudios, artículos y textos monográficos. Considerada de físico muy atractivo, fue una de esas rubias tabasqueñas de ojos verdes que alternan sus estudios y vasta cultura con el trabajo del hogar y la dirección de una familia, para sobresalir en todo cuanto emprenden.

Pintora, muralista, grabadora y creadora original de dibujos animados para cine, dio clases de grabado en metal en el Taller de la Gráfica Popular del cual formó parte y de donde derivó su gusto por la crítica del arte en el difícil campo de la gráfica y de la Historia de la estampa en México. Relata el grabador Carlos García Estrada —sobre quien Leticia escribió valiosos ensayos— que cuando él vio bailando juntos a Leticia y a su esposo, el poeta Roberto López Moreno, él que decía que no sabía bailar, supo lo que podía ser la elegancia y la belleza en este tipo de esparcimiento.

Yo traté de cerca a Leticia Ocharán, durante un viaje que ambas hicimos a Tabasco en 1993 comisionadas para hacer una investigación, ella sobre pintura y escultura del estado para la colaboración que se incluyó en la Enciclopedia de Tabasco publicada en 1995. Durante estos días de convivencia me di cuenta de lo mucho que apreciaban a esta artista en su tierra natal y pude advertir igualmente la pureza de su espíritu, su inocencia y sencillez para tomar con naturalidad soluciones frente a cualquier situación social o profesional. Departimos durante aquella semana memorable, a lo largo de tres comidas al día, maravillándonos en cada ocasión de la esplendidez de la cocina tabasqueña y de los productos de esa tierra, confirmando una vez más que el modo de vivir y el genio artístico son indivisibles en la expresión de una gran cultura.

Pintora de eros y tánatos, figuraciones y transfiguraciones, Leticia realizó un mural en relieve para el parque La Choca (Villahermosa) y otro titulado *Nuestros orígenes* para el Museo de La Venta (La Venta, Tabasco) y recibió el premio Juchimán de plata de la Universidad Autónoma de Tabasco. En el momento de morir proyectaba un importante trabajo sobre la historia de la mujer en la plástica de América Latina, tema adecuado por el talento de Ocharán para las narraciones amplias y complejas que dejó en murales, pinturas de caballete y otras técnicas, con una coherencia expresiva rara por directa y elocuente. En estos terrenos íntimos de la creación, en donde se efectúa la lucha de contrarios y en donde la pintura, del mismo modo que la crítica o la literatura tienen que enfrentarse con la realidad hasta lograr ascender a la cima, Leticia Ocharán tuvo que librar una disciplinada batalla para salir adelante y consiguió lo que se proponía.

Artista y maestra, comprendió que su trabajo abarcaba muchas cosas; como la capacidad de inventiva, la imaginación y la sensibilidad que es menester pulir y la vocación, que invariablemente exige tareas de ardua disciplina y, por otro lado, no menos importante, la adquisición de cultura histórica y artística que se traduce en el respeto a la patria y el dominio del oficio que es la poesía de la forma, el color y la palabra y, en todos los casos, la expresión de un estilo propio. Estilo que Leticia Ocharán supo lograr en su vida diaria y en su arte que además de pintura, mural, gráfica y dibujo animado se extendió a la poesía visual, el performance y las instalaciones, siempre en terrenos de la independencia y la total libertad de ideas y pensamientos.

Noviembre de 1997.
Ciudad de México.
Escrito para el número 12 de la revista *Zurda*.

Los derechos de los artistas

Por Leticia Ocharán

La condición social del artista ha presentado en todos los tiempos evidencias de inseguridad en la vida real. La lucha para conquistar beneficios para su desarrollo tiene también una larga trayectoria. Estos derechos artísticos aplicados legalmente son producto de un amplio y minucioso análisis, derechos surgidos de una realidad en los terrenos de la educación, profesionales y creativos. Sus actividades y su futuro están sujetos en la mayoría de las ocasiones a la decisión de los funcionarios públicos que dirigen los organismos de cultura.

Los artistas mexicanos se han destacado durante este siglo por defender sus derechos artísticos, morales y patrimoniales. Como ejemplo cito la actitud de los pintores muralistas, sus luchas y sus exigencias de lo que por derecho les correspondía.

En 1978 el arquitecto y pintor Juan O´ Gorman envió una carta a los gobiernos de América Latina y el Caribe aprovechando la oportunidad que se le ofrecía de dirigirse a ellos en la AMERICACULT, Conferencia General de la UNESCO sobre las políticas culturales en esta región, en Bogotá, Colombia.

La Carta O´Gorman pedía la aprobación de los asistentes a la AMERICACULT de la exención de impuestos para los artistas; la adopción de los convenios internacionales de Bruselas y Florencia correspondientes al libre tránsito de artistas con su obra por las aduanas; un porcentaje sobre todo gasto de construcción (estimado del 1 al 2 por ciento) para adquirir obras de arte originales incorporadas a la arquitectura. Estas peticiones fueron aprobadas por unanimidad por los ministros de gobierno presentes en la Conferencia, sin que hasta la fecha se hayan cumplido.

En 1979, durante el IX Congreso de la Asociación Internacional de Artes Plásticas (AIAP/UNESCO), el Comité Nacional Mexicano, presidido entonces por Jorge González Camarena, presentó un proyecto de resolución donde se recordaba que el desarrollo cultural debe ir a la par del desarrollo económico y que el artista es la fuente principal de toda la vida cultural, solicitando por este y otros motivos que: —entre otras medidas—, se garantizara la seguridad jurídica, económica y social de los artistas; se suprimieran los cargos fiscales que afectan la creación artística y se facilitara el paso por las fronteras de los artistas al transportar sus obras.

Esa resolución fue aprobada por la AIAP/UNESCO, llevándola como propuesta a la 21 Conferencia de la UNESCO en Belgrado, el 27 de octubre de 1980, para elaborar la Resolución relativa a la Condición del Artista. Tanto en esas dos Conferencias de la UNESCO como en la MUNDIACULT (México, 1982) nuestro gobierno suscribió fundamentales recomendaciones para la protección de los artistas y su obra. En todos los casos se incluía el compromiso de liberar de cargas fiscales a los autores de obras de artes plásticas. Pero sin difundir los motivos, se continúa sin adoptar los convenios de Bruselas y Florencia para el libre tránsito de artistas con su obra por las aduanas.

Los artistas de América Latina, como pudo observarse en la reunión regional de la AIAP/UNESCO en La Paz, Bolivia, en 1991, se encuentran perfectamente desprotegidos en materia legal y social. Su calidad de profesionales independientes no está debidamente regulada por la ley y, como consecuencia de ello, no se respetan sus derechos. Tanto ellos como su obra están expuestos a múltiples atropellos. No existe una ley que tome en cuenta el Derecho de Reventa, ni el Derecho de Exhibición, ni existe una ley de seguridad social del artista, ni una ley de profesionalización del artista. Los países europeos cuentan con toda esta protección jurídica y social.

En México el vacío de estas leyes genera constantes conflictos entre los artistas y los promotores, difusores y clientes.

La Resolución relativa a la Condición del Artista aprobada en su 21 Reunión de la Conferencia General de la UNESCO, tiende a convertirse en letra muerta si no se emiten leyes que permitan su adecuada aplicación. Y esta es una tarea que tiene que realizarse en cada país, porque los aspectos de derecho fiscal y social son diferentes en el mundo entero. Dejemos de ver la realidad del artista tan románticamente como se describe en la literatura del XIX. Un estatuto profesional del artista contribuirá en gran medida al desarrollo de una vida cultural más rica y digna. En México esto no puede continuar postergándose si es que deseamos verdaderamente alcanzar un nivel de existencia más justo para la sociedad y sus artistas.

(Fragmentos).
El Gallo Ilustrado.
El Día.
10 de enero de 1993.



El poeta Germán List Arzubide y Leticia Ocharán.

Uno de sus maestros

L. O.

Por Mariano Paredes

Pertenece a las nuevas generaciones de artistas que se interesan de manera cabal por todos los devenires inquietantes de un mundo nuevo. En esa forma ha aprendido que es necesaria la mutación, a veces frecuente, de los conceptos y que sólo se retiene lo vivo de los pasados.

Así tanto en su pintura como en el grabado, conoció y aprendió su tradición y, de acuerdo con su temperamento y su visión, ha ido transformando el sentido plástico para expresar su sensibilidad actual de la manera más acertada para quienes captamos sus obras.

En la gráfica, difícil en sí, ha dominado toda la artesanía que transforma en mensajes penetrantes en lo más hondo del espíritu, con la sensibilidad poética de una esperanza. Interesada en el ser humano, en sus aciertos o en sus taras, sus personajes tienen actitudes de acuerdo con su forma de pensar y siempre tocan la fibra del espectador.

En su caminar nervioso e inquietante, se acerca hacia el abstraccionismo con una plenitud y un dominio poco común que genera un lenguaje inmenso en simples palabras, pero que se adentran y viven en un recuerdo perenne.



Leticia Ocharán con los pintores Mario Orozco Rivera,
Antonio Gironella y el crítico Antonio Rodríguez.

Sus compañeros

Retratos

Ya que me lo preguntan, Leticia Ocharán es, a mi entender, más o menos como sigue:

Oro y gris. Verde y violeta. Negro y tierra (más bien rojiza). Rosa y rosado. Oro, verde, negro y nuevamente rosa. Amarillo, morado y algo de arena o de ónix. Verde-marino con luces doradas y tonos marfil, como los de su propia estatua.

No. Con puras palabras no se puede pintar. Los colores pintados son otra cosa: ellos sí hablan. Brujería. Verbo cromático. Acción, pasión, estado, movimiento: existencia plástica, en fin, más perenne que la otra.

Leticia dice casi todo con pigmentos y líneas, y lo que no le sale en sustancia visual lo escribe o lo platica hasta agotar la tinta. Pero lo que se dice "vivir sólo para sí misma", sin darse en la expresión, eso jamás lo haría. Qué importa si peca con ojos y labios sin pena ni arrepentimiento en función de mujer-artista de tiempo completo a la vez y con igual talento.

Su tierra distante. La tierra suya tropical toda entrelazada de antiguas piedras talladas y sombras y verduras salvajes y reptiles de brillos metálicos con que su fantasía preña papeles y lienzos. Su tierra tabasqueña, sin embargo, tan próxima a fuerza de tantos amaneceres que cada mañana la lluvia pasea por sus ojos bonitos y espléndidos. Y que estoy seguro anida en su nostalgia.

Su clara mirada, pájaro sin orilla y sin eco, se inclina sobre el mar que la anuncia. Gracia del ritmo, vaivén de campana. Asombrada mirada que no se aturde ni enturbia ni empaña con los sucios estrépitos de la ciudad-cloaca cotidiana. ¡Qué distinta aquella tierra!, con su cuerpo todo atravesado de subidas y bajadas y de hondas hondonadas, tan humana...

Destello que se desliza sobre el dorso sin fin de la noche...

—¿Y sus cuadros?

Mil ventanas asomadas al patio interior del alma.

Francisco Zenteno Bujáidar
México, D.F. 1981-1983.
EN MEMORIA.

Leticia Ocharán, nuestra gran amiga, ha muerto...
Leticia, cofundadora de las bienales de poesía visual...
Leticia, compañera infatigable en todas las tareas de búsqueda y exploración de nuevas rutas para el arte y la creatividad...
Leticia, más allá de partidos y banderías, pero siempre militante y generosa por las causas de los necesitados y de los oprimidos...
Leticia, risa saltarina, provocadora de almas, azote de espíritus flojos...
Ha dejado de estar con nosotros...
.....

Esta pintora, grabadora, escultora y performera, entrañable amiga nuestra, nos acompañó un buen trecho de los andares en los que, desde hace un buen número de años, tratamos de acercarnos al continente quizá bastante explorado, pero con grandes territorios vírgenes de la investigación y la experimentación visual.

¡Boooom! Se llamó una de sus propuestas conceptuales, resuelta como peformance en la segunda sección mexicana de poesía visual y grabada en un programa de la Televisión Universitaria... y el libro *Signos corrosivos* se enriqueció con sus onomatopeyas visuales, que constituyen una verdadera aportación de México a los acervos de la poesía visual universal.

Con ella fuimos a "contradescubrir" el Viejo Mundo, en 1992, en nuestra carabela visual para encontrarnos con Guillermo Gómez Peña y los músicos digitales mexicanos del grupo "Ollesta" a un encuentro/no-te-encuentro con artistas españoles, en el mismísimo Palos de la Frontera, donde, dice Araceli Zúñiga, en algunas tardes y desde las marismas, aún siguen viendo la tierra cuadrada... Allí llevó Leticia su trabajo de danza tigre, de danza leopardo, de danza muerte...

¿Cómo dirigirnos ahora a ti, Leticia de las risas, Leticia de los atrevimientos?

No lo sabemos, compañera de trenes y de carreteras y de monasterios y de danzas nocturnas ancestrales, desde esas tierras que pos-colonizamos en ese año del 92, como sudacas protegidos sólo por nuestro escudo de Sud-Acá: el Sur Acá, el Sur en el Norte...

Araceli y yo, a nombre de nuestro grupo, plural y disidente y transgresor, te saludamos, señora de la falda de serpientes... Hasta otro día, Leticia, hasta otro día.

Ciudad de México, 19 de noviembre de 1997.

César Espinosa **Araceli Zúñiga**

Memoria

Leticia, amiga con mayúsculas, porque supiste serlo con la grandeza con la que emprendías cada uno de tus actos. Siempre generosa, solidaria y justa; siempre entusiasta respaldando proyectos que te parecían importantes. Siempre orientando con una crítica inteligente el trabajo de tus amigos, crítica que en algún caso me sirvió para corregir lo corregible. La presentación que hiciste a mi exposición de "Sexo-Metro Urbano" la considero de las más acertadas que me hayan escrito.

Mujer inquieta, nunca te conformabas con algún encuentro consumado, siempre estabas pensando en el siguiente proyecto, ya fuera pintura, grabado, montaje, instalación, performance, todo lo hacías con talento, siempre planteando propuestas interesantes.

Estuviste atenta a todo lo que acontecía en el país, particularmente en el trabajo artístico de los demás creadores; sabías lo que hacía cada quien y tenías una opinión crítica de la obra de los otros. Fuiste promotora y partícipe de los talleres de creación colectiva, como aquel taller de experimentación gráfica al que llegaron a trabajar muchos compañeros.

Aquella propuesta que emprendiste con Hernández Delgadillo, Héctor Cruz y otros muchos, llamada *Nuestro rostro*, en el Auditorio Nacional, y que fue una de las primeras exposiciones interdisciplinarias que efectuaron varios artistas, ha quedado ahí para la historia contemporánea de nuestro arte.

Es digno de mencionar tu trabajo en la ARTAC, Asociación por la que diste muchas batallas con el propósito de conservarla en beneficio de los artistas y no de aquellos individuos que siempre sacan provecho personal de las agrupaciones, y de señalar también tu desempeño como consejera en el Salón de la Plástica Mexicana.

Defendiste la dignidad del creador plástico. Te indignaba el trato que le da el Gobierno a los creadores, así como los abusos de los comerciantes del arte. Te informaste de todo lo referente a los derechos de autor y los defendiste en múltiples foros incluyendo tu participación aquella en la Cámara de Diputados. Otro tema que siempre te interesó, fue el trabajo creativo de la mujer, en el cual profundizaste y escribiste en múltiples ocasiones. Todo lo emprendiste con valentía, convicción y entrega a tus principios. Lo que mucha gente desconoce es que todo lo realizaste doblando esfuerzos, pues padeciste de múltiples enfermedades que no te impidieron estar en la lucha por el arte y por la vida.

Susana Campos

Pensamientos en una exposición

Leticia: tu talento y sensibilidad aún se esparcen por la tierra y tú sigues todavía muy cerca de nosotros.

Carlos García Estrada

Tu capacidad creativa y tu gran inteligencia te hacían un ser profundamente crítico y profundamente justo.

Susana Campos

Leticia Ocharán, una artista y una mujer completa. En nuestra práctica común conocí a Leticia Ocharán¸ pronto me di cuenta de que era una mujer dotada y de convicciones, hechos que se hacían notorios en las asambleas, exposiciones y en sus escritos como crítica de arte. Su obra personal es notoria por la gran sensibilidad, espíritu crítico, actualidad y la revelación de la expresión femenina.

José Hernández Delgadillo

Leticia, para mirar tu estrella me basta el recordarte.

Hersúa

Con este grabado que hice en el Taller de Expresión Artística creado por Leticia Ocharán, brindo homenaje a la gran pintora y mujer que nos entregó su corazón, su sensibilidad y su arte, a la que siempre recordaré con mucho cariño.

Rodolfo Aguirre Tinoco

La gente que sabe hacer amigos y querer a los demás es la más grande para mí. Leticia me enseñó a sentir esto con su trabajo y con su trato, porque nunca antes había encontrado yo un espíritu tan espontáneo y fraterno en alguna persona como con ella, que rodeó de calidez.

Fanny Rabel

En la ardua tarea del arte caminamos juntos. Gracias, Leticia, por tu colaboración, tu ejemplo, tu profesionalismo y tus repetidas muestras de valentía intelectual.

Hugo Covantes

Ha pasado un buen rato, pero sigo extrañando a Leti. Decía lo que pensaba y como era tan inteligente, lo que pensaba bien valía la pena. Ella lo decía tal cual, cosa que no es muy común y sí muy valiosa. Luchó muchísimo por vivir, perdió, y nosotros también.

Eleana Menassé

Muy consciente del papel que tiene el artista en la sociedad Leticia Ocharán, pintora excelente, se manifestó siempre de manera fresca y oportuna con imaginación y gran oficio en sus proposiciones plásticas. Sus últimas exposiciones vanguardistas fueron un planteamiento novedoso del momento plástico que vivimos y su trabajo queda en la historia no como un encuentro o acontecimiento, sino como un pasaje permanente de la historia cultural de México.

Arturo Estrada

Leticia Ocharán, sinónimo de metal, ha sido lucha: rojo, negro, línea y color, el zinc y el cobre se doblegaron ante su voluntad estética. Su mano domesticó la línea, el erotismo quedó atrapado en su obra a veces violenta, otras poéticas. Leticia es sinónimo de fuego, generosidad y reto. Fuego en el enojo ante lo que ella consideraba injusto; generosa al compartir conocimientos y luchas. Retó al mundo de la política y del arte con ojos claros y muy abiertos y los pies firmes en la tierra mientras la imaginación volaba hacia nuevos horizontes de expresión plástica.

Leticia Ocharán permanece en mi memoria, contradictoria, creativa, con la generosidad de haber compartido conmigo, durante diez años, el espacio de su estudio en la colonia Romero de Terreros, en Coyoacán. La quiero recordar con la alegría de un ya lejano día, danzando mientras la música de *New York New York* resonaba en las desiertas salas del Palacio Mundial de las Ferias, en la Ciudad de México, junto al Monumento de la Revolución.

Laura Elenes

Multimedia: multifacética.
Multihonesta: multienemiga.
Multigenerosa: multihermana.
Multimujer: multicompañera.
Multivaliente: multinacional.
Multiguerrera: multiexitosa.
Multialegre: multiamada.
Leticia Ocharán: yo me la imagino platicando en el cielo con Sor Juana sobre las multiprofundidades del sol y de la noche.

Cecilia Sánchez



Leticia Ocharán en un performance.



De izquierda a derecha: los poetas Roberto López Moreno,
Juan Bañuelos, Lourdes Sánchez y Leticia Ocharán.

La pintora y los poetas

Leticia

Leticia pertenece por ideología al Taller de Gráfica Popular, lo cual quiere decir que existe en ella una preocupación humana, conciencia del devenir que se refleja ya en poéticas visiones cósmicas, ya en impresionismos donde la agresividad se trueca en fulguraciones.

Captemos la profundidad de su composición, el ensamble de elementos, la imaginación revelada en símbolos, transposición de lo erótico e inalcanzable... he allí una artista.

¿A dónde llegará? A donde la madurez de su pensamiento la lleve, porque Leticia Ocharán pertenece al gremio de esos creadores que sin pretenderlo horadan en los límites de lo humano hasta rozar la esfera de lo metafísico.

Carmen de la Fuente

Sueño y antisueño en una gran artista

Nunca está por demás recordar la anécdota, porque ante cierto desenfreno juvenil siempre se hace presente: en su Diario, un escritor francés, Julián Green, escribía tranquilamente: "A propósito de Salvador Dalí, Cocteau repite las siguientes palabras de Gide: Estos jóvenes pintores son asombrosos. Lo saben todo. ¡Hasta saben que un caballo debe representarse por una espina de pescado!"

Porque es posible soñar una espina de pescado, y caer en la más densa pesadilla; pero un caballo, tan perfecto, tan celestial, no tiene lugar sino en el mito.

No, no hay caballos ni peces desollados en los cuadros de Leticia Ocharán. Pero hay sueños y una singular mitología y, lo más importante, parece saberlo todo, efectiva e irrealmente. ¿O real y afectivamente?

Adentrarse en la irrealidad, en el ancho y sinuoso territorio de lo onírico, es enfrentarse a un peligro constante. Es entonces cuando hay que saber que una nube no debe representarse por una flecha enloquecida. O tal vez sí.

Sensual, delicada, audaz, poética... ¿Caben más calificativos para una pintura que llega directamente a los sentidos, los posee y los vuelve de revés o de cabeza? Línea de lentas y finas ondulaciones; audacia para penetrar el mito, y poesía en todo momento.

Una pintura, la de Leticia Ocharán, que es en esencia simple magia, elemental encantamiento. Leticia, alegre maestra, bella maestra de optimistas metáforas.

Thelma Nava

La alegría de pintar

Porque la he visto danzar (no baila, no se contorsiona demencialmente: danza, que es lo superior en el cuerpo humano, cuando se tiene un cuerpo, claro, digno de ser admirado); porque le escucho reír y hallarle sabor al arte de estar vivos todos, y porque la he observado en su más misterioso momento: el de pensar en lo que vendrá, nerviosamente: en lo que habrá de pintar. Ya lo tiene pensado y meditado, y el gran secreto está en llegar a cubrir esa superficie y, como ya lo señaló con inteligencia la poeta Thelma Nava, saber penetrar en el sueño y hacerlo llegar a otros soñadores, a otros artistas, a otros seres hermosamente humanos.

Por todo lo anterior y mucho más que no puedo callarme, he llegado a admirar a Leticia Ocharán en todo lo extenso, insondable y maravilloso que es la admiración. Bueno, he llegado a envidiarle hasta que trabaje tanto y se dé el tiempo preciso y precioso para proyectar sus grabados que ahora, aquí mismo, nos hablan de lo criminal que es la incomunicación entre los seres a veces malamente llamados humanos.

Es como una condenación lírica, al través de rostros que no deberían ser hostiles y de cabezas que no deberían estar ni truncas ni trocadas. Ahora se ve una calle infinita, junto a un muro donde la tristeza nos abruma. Es una calle de una ciudad invisible para nosotros, pero visible para la bella artista. ¿Llegará algún día a pintar una casa de ciruelos? En vascuence, Ocharán significa eso justamente: casa de los ciruelos.

Por lo pronto, ella nos da amargas visiones de cómo la manzana de la discordia podría matar lentamente al hombre. Siendo una denuncia, nos deja sin embargo la puerta abierta a la alegría (ella es leticianamente alegre, valga el pleonasmo) y al optimismo.

Efraín Huerta

Trascendiendo los relojes

Leticia es la pintora, más que de los cuerpos, del erotismo de los cuerpos. Su modelo no es el cuerpo femenino (o el cuerpo masculino). No es, tampoco, la aproximación eléctrica del uno al otro. Más bien es el instante, que trasciende a todos los relojes, en que los humanos se sobreponen y se tornan pluralidad, confusión y movimiento. Líneas curvas, entrecruzadas, formando círculos que tienden a horadar el material en que se inscriben, podrían haber devenido el realismo puntual y elocuente, de un Héctor Javier o el manchismo indigenista de un Carlos Mérida. Pero Leticia dibuja como el primero y trasciende lo real-empírico como el segundo.

Resultado: su pintura elocuente, emocionada y al propio tiempo contenida, de una plasticidad instalada en la más bella y convincente subversión.

Enrique González Rojo-Arthur

(---)

Leticia nació en Villahermosa que es sólo un punto de referencia si se trata de ensayar la salida de ese laberinto que implica alcanzar la universalidad en la obra de arte, que no es precisamente cuestión de geografía.

Para realizar su mural no tuvo nunca inhibiciones y mucho menos la de creer que el muralismo fuera sólo para varones. Yo la vi trabajando, dirigiendo a técnicos y peones para quienes ella no era una mujer nada más, sino una artista, aunque algunos de estos últimos le dijeran con cariño "seño".

Los soles y los peces, los azules y los rojos de su mural se impregnan en todos los sentidos. Es como meterse a un sueño ajeno y soñar que se sueña un sueño ajeno. Leticia misma es un símbolo que hay que sentir. Su mural la presenta desnuda en el amor de los más bellos fulgores mágicos que heredó de nuestros antepasados. Y se da en el agua, como un pez de ojos esféricos como el universo.

Leopoldo Borrás

Un lenguaje de luz

La obra de Leticia Ocharán (Villahermosa, Tabasco, 1942) está recorrida por lo que en física de fluidos podríamos llamar una especial tensión superficial que permite que delicados trazos se posesionen de sus telas bajo un estricto —y a veces difícil— equilibrio de colores, formas e ideas. Así, amurallados reinos de colores y texturas, surgen a la vista como un secreto idioma sin palabras, con ondulaciones y vapores que incendian todo cuanto lo integra, con el placer de quien sabe que la destrucción es un acto de amor, de creación. Paradójicamente, este acto ritual se lleva a cabo a través de nuevas conexiones comunicativas, de nuevos lenguajes que sólo la sangre conoce: un lenguaje de luz.

José Manuel Recillas

La Ciudad de México
o la urbe que fue clara

Leticia deja de lado, sólo por un momento, los elementos naturales que marcan e iluminan su vida —no se nos olvide que nació en Tabasco— y se adentra en esta otra selva, asfáltica y devoradora; y como José Revueltas en sus novelas y cuentos, Efraín Huerta en su poesía, Sergio Magaña en sus cuentos y su teatro, Héctor García en sus fotografías, dibuja un lenguaje cuyas voces resuenan y dan vida a esos hechos, a esos lugares, a esos seres que, exiliados por voluntad propia —los menos—, por despiadada marginación —los más—, viven y recorren como alma en pena los ámbitos urbarios llenos, vientecidos de soledad, apandados en sí mismos, sumergidos en la negrísima nebulosidad de la vida que se cierne cada vez con mayor rapidez sobre ellos —sobre nosotros— y que paulatinamente desgasta, aniquila, atrofia, mata.

Dionicio Morales

Amanecer de jaguares

Leticia es un amanecer de jaguares como su tierra tabasqueña. En sus ojos verdes ríe la selva, voluptuosa e incorrecta, sin más ley que la belleza que ella sabe transportar a sus telas o llevar caudalosa en la tinta de sus grabados. Xochipilli está de fiesta cuando Leticia pinta, cuando Leticia ríe. Agua del Grijalva de la que Pellicer hablaba. También a Carlos el trópico le había llenado las manos de color. Figurativa y abstracta, esta bella y sonriente sacerdotisa posee así las dos verdades del mundo: la del barro y la de su sueño aéreo. Leticia, ahora es la hora de tu magia.

Aurora Reyes

Medidas

Qué es lo que mides, Leticia,
¿el color o el tiempo?,
qué con esa llamarada que todo lo calcina
para volver a dar la vida.
En esa llamarada estamos
los que compartimos el don de tu pupila.
De la tela al infinito
te nombramos
con los tonos con los que nos mides,
con los tonos con los que
nos estás nombrando.

Miguel Guardia

De pez a reptil de reptil a ave

Atrapar el azul
será siempre una aventura
antes de Ulises
lo intentó Ícaro;
peces, aves y riesgos
son entonces resultantes
de una actitud que elige
la luz del movimiento.
En la memoria de Leticia Ocharán
persisten estas azules orfebrerías;
sobre la mar entre el aire
recuerda que el azul
es el punto del cual parte
la más profunda y extensa
relación del espacio.
Desde sus azules
el vuelo de Quetzalcóatl
rasa las olas del reto.

Lourdes Sánchez

No

No, lo que es exactamente enamorada no
es otra cosa.
Tomemos por ejemplo las estrellas
ahora sombras en un puño
ahora soles agolpándose
y uno que otro planeta como días
habitando las órbitas de los horarios enormes.

Y también y de acuerdo con la ciencia
la mirada arqueada de la tarde
desde el contrapunto de los sueños
hasta las coloraturas del deseo;
certeza de la noche que rastrea
palabras al azar
aún para la misma oscuridad incomprensibles.

Algo así como una antigua adivinanza
boca adentro aguardando
humedeciéndose los labios
dicha al revés y de repente
otra vez sobre el patio de la lluvia
la imprecisa respuesta de las gotas.
Por eso no
tan sólo poéticamente erotizada

Lourdes Sánchez

A Leticia

Ahora sé cuánto se parece
una mujer a sus palabras
escribir un poema y en el poema
escuchar la edad del hombre.

Lourdes Sánchez

Ceremonial para Leticia

Valvas, vulvas, senos fecundados.
Un capullo bermejo late.
Como artera criba
el rojo busca otra textura.
Caracol huraño se confunde, corolas ígneas gimen
en un tallo topacio.
Matices rosas zumban, se sonrojan;
el gris inmóvil:
sigue el ritmo geométrico
en la tela.
Pero fugaz el iris se detiene,
éxtasis verde la pupila,
transparencia taciturna la mirada.
Sus párpados perfuman el vacío.
Soles ebrios enredados en su pelo,
erguido cuello cual jacinto.
Trazo erótico la barbilla se divide:
afluente rubio del Grijalva.

Entreabre los labios,
la penumbra vacila, se humedece.
Su voz, ocaso, en brama,
trasmina la memoria.
Deliciosamente etérea
—desde la persuasiva dimensión de su retrato—
Leticia Ocharán invoca
la dulce exquisitez de la lujuria.

Óscar Wong

Pupila en verdes

Lectora hasta los huesos de Carlos Pellicer, hasta las neuronas lectora de José Gorostiza, en sus cuadros hay mucho de ellos sin que nunca hubiera tenido que decir: vengan, vean, en este ángulo, en esta espiral, aquí están, son ellos repartiendo el fuego, soledades en llamas con las manos llenas de color, canciones sobre las barcas en las aguas de Tabasco que vienen y que van. Pero Leticia. La alegría de vivir, sabía que los llevaba muy adentro, muy en esa sensibilidad que iba de la emoción al pincel y del pincel a la tela en una cadena de amor interminable.

Roberto López Moreno

Noche-Día

(Madrugada, comentando un cuadro de Leticia)

Abecedario de luz,
esta verdad
que encierra la arquitectura insondable
en la red rectángula
del encantamiento.
Y desde el centro de la noche,
nuevamente,
el irisado despertar del día.
Nosotros, los salidos del cuadro,
lo observamos otra vez,
amaneciendo.

Roberto López Moreno

Entre Manet y Gauguin

Claudio guía su rebaño de luz
entre Manet y Gauguin.
Son todos los días, éste, como si fueran
el primero de la creación,
en el que late el aire,
en el que el aire palpita
como la verdad de la entraña,
como el torrente sanguíneo
de cada instante nuestro.
Me estremezco. Te escucho con los ojos.
Sé que estás oculta en un rincón,
en alguna curva de estos reflejos sabios,
tú,
junto al aire capturado
por el rebaño de luz de un Claudio entero.
Lo sé. Feliz. Entre estos resplandores,
y feliz (felices ambos)
de mí, cita en punto,
en medio de esta luz,
de este lapso de yerba y mármol
que entre Manet y Gauguin
nos es dolorosa tan y dulcemente nuestro.

Roberto López Moreno

Estación Coyoacán

Ríos de color y simetría confluyen,
paralelan adentro de la pupila de cristal
con el espacio abierto atando
anaranjadas tensiones cotidianas.
Llega el joven poeta con su oferta de imágenes,
Leticia lo saluda desde el diorama
de su muralla vítrea y le sonríe.
Dinámicas entroncan
encima de relámpagos cargados
de pacientes impacientes,
arriba de las testas bulliciosas,
en donde los dueños del color y los volúmenes
hacen su ceremonia conmemorativa.
El joven poeta, el inventivo,
está siendo inventado por los mistagogos
cromovoluminizadores
y por la sentencia con la que el reloj
acostumbra rehacer sus ritos.
En la estación Coyoacán del metro
unos vienen del tiempo, otros corren hacia el tiempo.
Leticia nos observa.

Roberto López Moreno

Estimado Roberto perdona que me haya demorado en enviarte este poema, para mí no es fácil escribir en ciertos momentos y más cuando algo te liga afectivamente, aunque eso depende claro, pero ya te comenté que el otro poema se perdió en el espacio, tal vez como debió haber sido, a este nuevo le estuve dando vueltas porque lo pienso incluir en un libro *Invitación a la Magia* que estoy viendo si se publica pronto, y son poemas a pintores por esas cosas del destino (?), apareció una foto de un cuadro de Leti titulado "En el teatro" que me volvió a gustar y es el que incluiré en el libro además que apareció otro, uno abstracto titulado "Paisajes" y que será la portada de los que más adelante te enviaré copia, espero que el poema pueda ser incluido en *Zurda* o si no lo puedes publicar en otro lado un abrazo tu hermano Ramón.

Leticia / Amiga

In memoriam

Leticia amiga ya sé que has vuelto
a oír aullar al perro asirio
y que las tres ninfas del cáncer
de las que habló Federico han estado bailando
en este tu teatro que vuelvo a ver ahora
entre cartas fotos y catálogos
que desde México me enviaste hace escasos años

amiga ya sé que nos hiciste ver
que la violencia viste su roja capa para
ahogar en sangre y cenizas los cementerios antiguos

y que todos los ángeles vomitan sus lenguas de fuego
para purificar sus almas tortuosas

más yo te he visto entre incandescentes tórculos
y ácidos terribles
buscar los lirios más blancos
y esconder en tus manos el licor de la cólera
y vibrar como nadie
ante la fragilidad del luto
y exponer tu corazón de gasa fiera
en el pedernal del tiempo.

Leticia amiga gracias a ti ya sabemos
que el final está en la punta
como garra o precipicio o como piel de besos y de dioses
sigue como siempre que también seguiremos
y llega escucha y vuelve otra vez a vestirte de blanco.

Ramón Oviero
Ciudad de Panamá, Panamá.

Exposición

A Leticia Ocharán

Si el color es la piel de un pedazo del día,
si olvidamos los nombres de las cosas soñadas,
si nos mira una grieta más allá de un segundo
o entre rocas y nubes nos vigila un poste,
no quiere confundirnos:
es sólo que ha soñado.

Pero si caen miradas hasta empapar el aire
o si crece una grieta hasta volverse pájaro,
mientras la luz, temblando,
va volviéndose frágil,
abramos las palabras:
porque esos son sus ojos.

Ángel Carlos Sánchez

Roberto:

Te mando aquí lo que hace rato te referí; es un poema producto de la emoción del día domingo, cuando vi con júbilo como los artistas críticos tarde o temprano son reconocidos, sin favor alguno de las perversas burocracias... En particular percibí tanto calor solidario que me sentía parte de todo ese ambiente de camaradería hacia ella y su importante trabajo. Creo que debes estar muy contento y orgulloso por todo lo que lograste, pese a los toscos obstáculos.

Un abrazo. Jorge.

Cara-a-cara

A Leticia Ocharán,
Color vivo disfrazado de distancia

Hoy sé que algunas mujeres no mueren.
Nacen nuevamente en el color.
Simplemente son envueltas.
Entre sus propias desfiguraciones de lienzo
y forma
Hoy sé que puedo conocer a los seres, aún
cuando ya son color
de azul fuerza
y desencadenado girasol de luto.
Puedo extender abrazos y
sentir himnos
de la especie erigida en el diáfano ósculo.

Aprendí que todos somos circos
Y esa pulgada de tiempo repleta de dolor y magia.
La muerte,
No es barrera para palpar algunos rostros.

Jorge Solís Arenazas
26 de marzo de 2000. Coyoacán.

Dos voces suenan: el reloj y el viento
mientras flota sin ti la madrugada.

Efraín Huerta

Una noche senté a la amargura en mis rodillas.
—y la encontré bella— (¿me injurió?).
y la amarga palabra "amarga" me hizo sapo
en el interior de una copa sin forma: la historia

la historia y su aliento
la historia dulce
sentada en la amarga palabra "amarga"
como la mujer cuando su forma es memoria líquida
lienzo y tiempo
memoria del cobre partido
en el pincel al Sur
(Tabasco sobre su origen de agua y memoria)
la amarga palabra "amarga"
bella en la belleza
desde que el áspid se confunde en los ojos de Leticia
para ser golpeado de una a otra visión

verde el ojo izquierdo que devora al oso en polen
verde el ojo en la sangre y en el grito
el más allá del ojo en la palabra
la historia del espacio en su guerra
la guerra de las mariposas desde el cadmio
la guerra pierna molida del soldado manos verdes
la guerra azufre y la risa-luz
la forma de mujer fuera del verde vaso de plutón sin verbo

muerte
apenas un cambio en la forma
tacto renovado silencio con cámaras
amalgama del sentido entre color y mujer
Leticia de la memoria en el juego de este cuerpo sin cuerpo

apenas muerte: formas en su lecho vegetal
apenas mano de Leticia dejando ausencia de aire
muerte que el aliento del molino le permite:

río y enjambre
masacre de agua sobre el ojo

esta forma esta mujer esta memoria
este juego de los nombres Leticia al ritmo

es decir
esta historia comenzando en la belleza
(que nos injuria)
de la amarga palabra "amarga"

A la memoria de Leticia Ocharán, diciembre 1999.
Jorge Solís Arenazas

Cinco cuadros

Cuadro I

Porosa, espesa y roja **la rosa amenazada**,
amarillo de indias en lontananza.
El universo no es azul sino café.

Cuadro II

Lienzo entre paredes,
lienzo que es tiempo figurado,
grises sinuosos que insinúan un cuerpo;
Luvina entre paneles,
atrapada en ese tiempo de pinceladas precisas,
en una mar blanca, cascada cósmica...

Cuadro III

Vía láctea que se tuerce
y un rasante e **interrumpido vuelo**
del poema que sangra.
Escalera trunca.

Cuadro IV

Rugosa piel desnuda,
de fuego y esmeralda encendido.
Movimiento imperceptible
de placas sobre lava.
Desde el cielo la piel de la tierra
es un cuerpo constante
en el infinito.

Cuadro V

Si el universo se plegara,
y el tiempo quedara atrapado en lienzos de colores
sobre la noche eterna; tendríamos:
La versión azul de mi conciencia.

Miguel Ángel Aguilar Huerta

Canto a Leticia Ocharán

Palabra inteligente y trazo en rebeldía,
vecina de la eternidad,
vuelo que irrumpe en la nostalgia,
Leticia Ocharán...

Ayer vino, viento del sureste
y levantó el polvo de colores ralladados
sobre heliográficas y plantillas.

Leticia, risa, Eutimia etérea.

Entre radiografías, corazones de barro
y trazos de crayones conté,
se encuentra un mundo transformado
hecho de alambres, grapas, letras y fotografías.

Y es que Leticia Ocharán buscó axiomas nuevos
significados precisos, así,
la poesía se transformó en POE-CIA.

Ahora comprendo por qué el odio
de los funcionarios que le temían.
Trataban de impedir que nos legara el universo
en formas suaves, curvas y rectilíneas,
su perfecta fisonomía.

Palabra inteligente y trazo en rebeldía
Leticia Ocharán.
Vecina de la eternidad
que en la nostalgia irrumpe su vuelo,
su vuelo eterno,
en armonía.

Miguel Ángel Aguilar Huerta

Dios y Leticia Ocharán

Dios creó en esa mujer unos ojos únicos, clarísimos,
de vitral gótico, que enamoraron a quienes los vieron.
Sin embargo, por esos ojos de pronto irrumpió el caos.
Entonces Dios a esa mujer le dio unas manos
llenas de gracia para que purificara el mundo,
para que pintara la luz violenta que entrara por sus ventanas.

Héctor Carreto

El fuego

Leticia comparte la tibieza del fuego
que diluye el aroma de la mañana.
A ratos miro sus manos y el cuerpo
es el firmamento que la nombra.

Que espere afuera el olvido, el hambre y la cabeza.
Las palabras son las únicas que amanecen
cuando el mundo alerta la memoria colectiva.

Ocharán y sus ojos de satín palpan la espesura
mientras en el patio de la casa
cierro el libro de su cuerpo
y el asombro enmudece ante la muchedumbre.

Hay un oficio insomne que palpita en el recuerdo,
un animal antes que una constancia,
una sábana curvada que apalea el esplendor
de los sueños de aguamar que aún, sangran.

El agua

Me visto con tus colores mientras la luna acribilla el códice doliente
un instante es mejor que un tiempo inerte;
las palabras son cortinas líquidas,
son vidrios, son un zaguán abierto
son un libro que habla de las ceibas
para conversar sin candados
sobre la rebeldía que habita en sus entrañas.

Que espere afuera la cortesía, el pavor, la transparencia.
La nostalgia custodia la puerta de este sitio y la ciudad no es nada,
como no fueron nada las tácticas que hicieron
que los mercaderes borraran sus murales.

El cuerpo es un lugar que nos acompaña
es la escritura del refugio de las plazas
es un jinete, a veces una nube
y otras noches, como esta, casi nada.
Ocharán habla en ecos incorruptos,
es nómada, pero permanece en cada marcha;
purifica el polvo, disipa los disparos
mientras el poema duerme
entre esqueletos y aguas.

Es hora de doblar el filo de la noche
es hora de circular
de transformar el alba
es tiempo de hacer un obituario a las pérdidas
a las víctimas que quedan en los andenes solitarios.

El aire

Leticia con su pañuelo blanco
se despide de las derrotas;
hace una señal para quebrantar mi tormento
y verifico que el campo de batalla
esté libre de las enfermedades
que curan la vida para dejar memorias
que se pierden con los años.

Que espere afuera el rayo, la muerte y la distancia
que hablar sea el sueño del aire,
que los frutos se queden en la boca
y que cada beso sea una ceremonia.

Las palabras son un cúmulo de estrellas
que marcan en el firmamento
que la herencia que nos transforma
es lo único que podemos perseguir
para labrar la pureza de diosas sin tiempo
que, como Lilith o Leticia
no van dando tumbos al destino
porque sin agotar la timidez
supieron desde siempre
que la desolación era sólo un estallido.

La tierra

Leticia es el albedrío, el último aullido y la calle
donde la noche espera... espera sin urgencia
que el instante de la vida sea de luz
para viajar hacia lugares inapropiados
—por romper la costumbre—
donde el corazón encuentre el cáliz verdadero
para dejar afuera las cenizas
y palpar sus paisajes y tocar los recuerdos.
Ocharán es un trazo que conmueve
que mira con alegría a través de las tristezas.

Leticia
es la última moneda, el pie descalzo
es un alfiler que custodia las heridas
y vigila a las mujeres, que, como yo,
nos diluimos en el crisol de la montaña;
que pintamos o escribimos cuando no quedan lágrimas.

Leticia
que espere afuera la muerte
mientras me cubro con tus lienzos.
Que espere el mundo afuera,
Ocharán toma mis ropas
pinta mis manos
las viste de palabras.

Ylia Kazama
Ciudad de México, 2007.

Los ojos de Leticia

Leticia cierra los ojos
se entrecruzan
tonos de silencio
y estallidos deslumbrantes.

Las pupilas
de prístino verdor
pronuncian la luz
y destierran sombras.

Leticia abre los ojos
y en el lienzo
se acumulan aguas
de los más profundos ecos
brotan los volúmenes
del gestante encierro
los párpados palpitan
meciendo resplandores
aleteos de rojos
y ámbares
cristales de tibio azul.

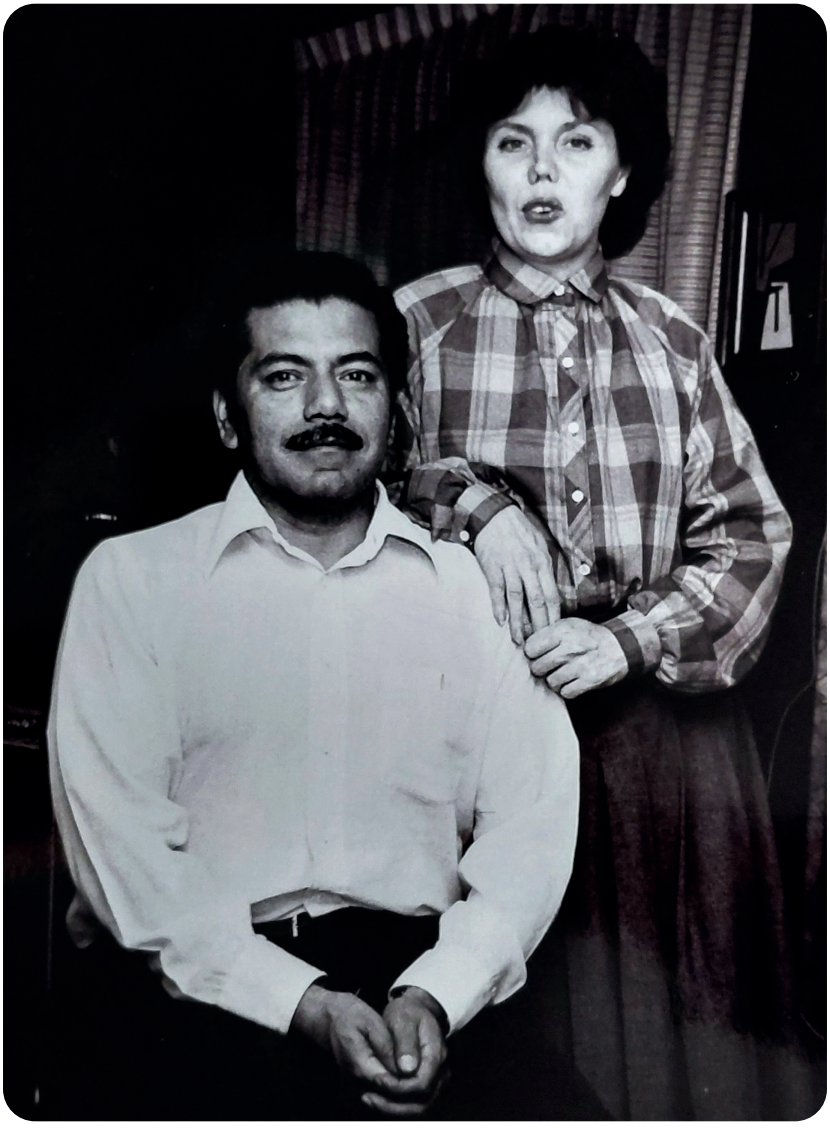
Lienzo sobre lienzo
capas de gris
agitan verdores selváticos.

Lienzo sobre lienzo
fluyen pliegues
ondas

suburbios
apenas perceptibles
líneas de tiempo
de instantes
y surgen haikus coloridos
fuentes altísimas
cubriendo muros
violetas y amarillos
en movimiento vertiginoso
se forman cuerpos
de danza
se apacigua
en callada paz
la meditación del trazo
en ventanas
donde se navega
al infinito.

Martha Obregón Lavín
Ciudad de México, a 12 de septiembre de 2023.





Roberto López Moreno y Leticia Ocharán

Notas hemerográficas

La pintora y los periodistas

(----)

En la obra de Leticia Ocharán hay constantes y variaciones. Son constantes la indagación intimista, la observación del acontecimiento político, la urgencia expresiva. Aparece la variación —y de qué manera irrefrenable— en el dominio de la técnica plástica, en la búsqueda de un lenguaje cada vez más ceñido, más exacto, mejor dispuesto a hacer de cada concreción un acontecimiento creador.

Quien tiene frente a los ojos un grabado, una tinta, un óleo, una litografía, una muestra, en fin, de la multiplicidad de Leticia Ocharán sabe que está ante la evidencia del arte ante el acto inconfundible de darse y rehusarse, de sugerir y guardar, de unir la expresión individual a la interpretación múltiple.

Largo tiempo he querido preguntar a Leticia Ocharán qué son para ella los caracoles multiformes que recorren las líneas de su universo plástico, que las amalgaman y desborda.

Los dejo en su secreto. Sé, en cambio, que son para mí. La suya es su obra que propicia diálogo de sensibilidades.

Socorro Díaz

(----)

Si alguien me preguntara ¿"qué" es Leticia Ocharán? No tendría que ir lejos por la respuesta. Diría: Leticia Ocharán es libertad. Ante su ya abundante obra, grabados, tintas, óleos, se respira eso, libertad.

Original, testarudamente personal, Leticia no se deja sin embargo atrapar por un estado inflexible, por una sola técnica, y menos aún por uno de esos "ismos" tras los que se escudan otros, en los que se instalan otros a los que arredra la búsqueda, te menen el desafío.

Por eso, por su libertad, Leticia es valiosa dentro del panorama de la plástica mexicana. Pero hay libertades y libertades. Las hay sin esqueleto, sin estructura, sin base, y esas por ser amables que resulten, no trascienden. Para llegar a la verdadera libertad, la grande, convincente, la duradera, se requiere haber pasado como Leticia por muchos túneles disciplinarios: el del oficio asumido con absoluta seriedad; el de la investigación tan incansable, que no siempre da frutos; el de la sensibilidad sometida a duras pruebas; el del trabajo cotidiano, oscuro, fatigoso; quizá también, por el túnel del dolor que reafirma y madura.

Leticia Ocharán ha recorrido muchos laberintos para emerger ahora a su libertad, a su libertad propia. Ha ganado a pulso, ha escalado un pico más de su cordillera, pero, conociéndola, sé que no plantará ahí victoriosas banderas. Seguirá explorando, continuará creando, haciendo, rehaciendo, viviendo su arte, moldeando su talento, inquieta, audaz, libre.

Manú Doenbierer

El mundo de Leticia Ocharán

Hablar con Leticia Ocharán es hablar de pintura, de grabado, de conferencias feministas revueltas con apuntes para recetas vegetarianas, de éxitos homeopáticos. Es hablar de historia de la plástica y conocer de pronto una gran cantidad de nombres de artistas y técnicos que ni siquiera habíamos imaginado que existieran; es hablar de gente renombrada en nuestro medio artístico bien de personas que nada más ella conoce o que acaba de inventar para jugarnos una broma que a veces no merecemos (porque las de ella son muy buenas bromas) es enriquecer nuestros conocimientos.

El mundo de Leticia Ocharán es eso, un desfile interminable de nombres, datos, fechas, fichas, y por sobre todas las cosas, color. A veces la pintora se prodiga con los más recientes chistes verdes, blancos y colosal se dibuja su propia risa ante los ojos de los demás.

Nuestro inquieto personaje es "mosquita viva" para Juan de la Cabada (una vez Juan de la Cabada le endilgó un aproximado parecido con cierta escritora por ahora famosa y la Ocharán le respondió pronta al cuentista: "nada más que ella tiene cara de mosquita muerta y yo tengo de mosquita viva"); para Mario Orozco Rivera, "Doña Güera Pintora"; para Roberto López Moreno "güereja patas de coneja"; para Thelma Nava, "alegre maestra de metáfora"; así como para Efraín Huerta "la alegría se llama Leticia" y después se aclara que la pintora Ocharán es leticianamente alegre y pide perdón por el pleonasmo.

Con otros muchos calificativos por el estilo la conocen y la nombran artista como Aurora Reyes, Mariano Paredes, Enrique González Rojo-Arthur, Julia Alfonzo, Javier Íñiguez, Margarita Paz Paredes, Salvado Romero González y etcéteras pintores, etcéteras poetas, y etcéteras compositores… etc.

Y es que Leticia Ocharán es una artista que en todo está, menos en misa. La mejor prueba de ello es que puede dar cuenta, con la mano en la cintura… y la sonrisa en los labios de que vio y vivió cuando era parte del Taller de Gráfica Popular, por ejemplo; o bien cuando cumplió sus horarios como maestra en el interior del escalofriantemente recordado Palacio Negro de Lecumberri.

Cuenta de todo, porque de todo tiene algo que contar, como lo del día aquel que la demandada judicialmente por los integrantes de una buena familia de Villahermosa, su tierra natal, debido a que les había dibujado "todo lo de adentro, nuestras casas íntimas, pues, ese señor juez, no había sido el trato".

De su vida entre los artistas recuerda la vez en que el poeta Carlos Pellicer le dijo: "eres una magnífica pintora", días después, comentando esta expresión en casa del ya también desaparecido Ermilio Abreu Gómez, el maestro yucateco le dijo: "pero qué egoísta es Carlos él debió hacer aceptado lo que eres, una magnífica poeta".

Así, llena de anécdotas y vivencias, nos encontramos a Leticia Ocharán al ingresar en 19° a la Federación Universitaria de México, filial de Artistas Plásticos. Por ese tiempo se dedicaba también a la realización de películas animadas con temas algunas veces infantiles y otras con un fuerte sabor "sensual".

En 1976 esta risonora artista aparece impartiendo cursos especiales de grabado en metal en el Taller de Gráfica Popular, en 1977 la vemos como maestra de dibujo para cine animado y grabado en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Bueno, y todo esto —reflexionamos casi a tiempo— tan sólo para referirnos a los hechos recientes que nos "pintan a la pintora"; primero, como feroz polemista y después, como triunfadora en una exposición-concurso. Lo dicho: está en todo, en todo y en todos, participando como crítica en un

encuentro feminista en la ciudad de Tijuana a las "mujeres intelectuales que no brindan su apoyo efectivo a la mujer marginada, sino que se amafian bajo banderas del feminismo para seguir gozando de privilegios inmerecidos en detrimento de sus congéneres indefensas".

A nosotros, que la conocemos, nos hubiera gustado verla en estos empeños, con su claridad de pensamiento y palabras, pero más que nada nos hubiera gustado ver la cara de alguna de esas usurpadoras de banderas que probablemente fueron a Tijuana… su grupo… Y mientras esto sucedía en las agitadas ondas del norte, aquí en la capital, durante una noche de galería José María Velasco, el maestro Humberto Chávez Cabrales, jefe de la Sección, se encontraba desafiando entuertos a varios kilómetros de aquí.

De cualquier manera, esa noche en la Velasco se le nombró como triunfadora, junto con el escultor Julián Cortés; se elogió su obra, se aplaudió largamente y se brindó a copa cabal, de lo que se perdió la Ocharán por estar discutiendo.

Es de mencionar que nuestra pintora ha experimentado diversas satisfacciones competencias en las que pone a prueba habilidad y talento, como la vez que vio su nombre en un catálogo editado en Bulgaria, después de un concurso internacional de caricatura celebrado… ¡Oh!… porque a veces le hace al humo dibujado, para lo que también —como es de pensarse— también se pinta sola.

Respecto al concurso que acaba de ganar, explica que le dará oportunidad de trabajar en su obra personal sin que tenga que distraerse en actividades docentes. "El maestro Antonio Ruiz, exmaestro de La Esmeralda, y los pintores Héctor Cruz y Nicolás Moreno, integrantes del jurado, van a ser los responsables de que durante 36 días me ponga a pintar como si se fuera a acabar el mundo".

Resulta que mientras la maestra ojiverde…

(-------)

* El próximo día 23 de octubre se recordará, en su segundo aniversario luctuoso a la pintora Leticia Ocharán.

* A manera de breve homenaje en el segundo aniversario de su muerte.

Ocharán, único caso en México de artista y crítica a la vez

Lo poco común es que un artista ejerza simultáneamente la pintura y la crítica de arte. Crespo de la Serna y Ceferino Palencia sistematizaron el ejercicio de la crítica después de abandonar la práctica de la pintura. Justino Fernández dibujó mucho, pero fue sobre todo como investigador de las artes, crítico y esteta que se realizó.

Leticia Ocharán es, un nuestro medio, el caso excepcional de una artista que se dedica sistemáticamente a la crítica, sin pensar que ninguna de estas manifestaciones del espíritu se oponga a las otras, considerando, al contrario, que la crítica de la obra ajena lo obliga a uno a ser más exigente con la suya propia.

La crítica teórica, es seguramente en ella la prolongación de los estudios sobre estética que cursó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la enseñanza que imparte en instituciones docentes del país.

A esta cultura teórica, aliada a sus propios conocimientos como artista, se deben algunos magníficos ensayos que, sobre Picasso, Rodríguez Lozano, Benito Messeguer, Aurora Reyes y otros le conocemos. Pero Leticia

Ocharán es, ante todo, pintora y grabadora, y es en esta calidad que se presenta, desde 1968, en numerosas galerías y museos de México y otros países: Turquía, Bulgaria, Inglaterra, Mónaco, Brasil, Uruguay, Puerto Rico, El Salvador y Estados Unidos.

No sólo rompe Leticia su nada dogmático abstraccionismo cuando coloca frente a frente a dos cuerpos humanos; pinta, con sentido de deber social, la contaminación que destruye la ecología y mata físicamente al hombre. A la vez asume una postura política y social cuando su conciencia lo indica. Lo hizo, por ejemplo, al pintar y exhibir el cuadro "Réquiem por la caída de Allende", poniendo de manifesto su indignación por la derrota de la democracia en Chile.

Por supuesto, no queremos liberar a la artista por el pecado de la abstracción. En el arte de nuestro siglo ya no hay pecados ni cuentan las maldiciones. Sólo la falta de imaginación y poesía es verdadero pecado. Y de ambos —imaginación y poesía— está poblada toda la obra de la pintora. Únicamente hemos querido señalar la peculiaridad de un arte que, ajeno a todos los dogmas, se ha preocupado fundamentalmente por los valores formales de la obra, sin considerar que incurre en un crimen de la estética al evocar aquí y allá un aspecto de la vida, al transmutar una forma de la naturaleza en metáfora o en utilizar el lenguaje del arte para entonar un himno a la libertad.

La obra de Leticia Ocharán comparte, a la vez la emoción de su pensamiento y la emoción de su sensibilidad tropical tabasqueña: a ello se debe, en gran medida su originalidad y grandeza.

"Fragmento del texto que el inolvidable maestro Antonio Rodríguez —quien fuera uno de los principales críticos de arte del país— elaboró como prólogo del libro *Leticia Ocharán / Abstracción y sugerencia de lo real*, 1990".

Antonio Rodríguez
Periódico: El Día. Sección: Cultural.
Viernes 22 de octubre de 1999.

Leticia Ocharán: Corolario posesivo

Organizar las sensaciones en el espacio bidimensional es una tarea que requiere de varias fuerzas convocadas. Porque Leticia Ocharán se ha venido dedicando, cada vez con más ahínco y precisión, a organizar sensaciones. Y lo ha hecho y lo viene haciendo sobre tela, sobre papel, con diversas técnicas y respetando las riquezas de cada una de ellas. "Una misma obra la suelo hacer en varias técnicas, para ver cómo se brinda en cada material".

Viendo su producción podemos advertir que en los dibujos hay un acento más figurativo que en la pintura. Levemente evidente, pero tal vez perceptible porque en el dibujo —a lápiz, pastel o tinta china— los grafismos ejercen su discurso con más detalle. En la pintura, grandes planos silenciosos y potentes aluden con preferencia a las pieles o a texturas específicas más que a formas reconocibles.

Investigar y Proyectar

Sus carpetas de grabados… en otro lugar muchos proyectos, más allá los dibujos y las pinturas organizadamente guardadas o colgadas sobriamente, respetuosamente, sin abarrotar el taller con su propio trabajo. "Siempre trabajo con mucha preocupación en los proyectos. Luego, la resolución de la pieza final ya es más directa, voy más directamente a lo que quiero". Ahora está experimentando con la heligrafía como lo hiciera hace una década con placas de mica y con tantas otras formas de concretar una gráfica. Pero lo hace sin alardes, para sí misma, para enseñar, para producir otras obras renovada mente. Tal vez es por eso que a veces hay gente que se afana de realizaciones que Leticia ya había ejercitado antes sin divulgarlo. Pero dejemos esto que son cuestiones internas de la investigación.

"En la heliografía, ciertos aspectos son más exactos. Podría decir que estoy tratando de desarrollar una especie de hiperrealismo abstracto —si eso es entendible como terminología. Creo que fue también lo que estoy intentando hacer en la pintura. Estoy sacando una imagen muy diferente gracias a estos trabajos heliográficos, cuyas posibilidades de calidades da más libertad".

Riqueza de contrastes

Así simplemente dicho, en los trabajos de Leticia Ocharán hay una intensa riqueza de contrastes. Ellos, desarrollados en una fina medida, sin exageraciones. Orgánica y geométrica, su pintura también distingue los polos de plana y volumétrica, colorista y neutra, lisa y texturada, rígida y molle, tratada en bloque y por sectores, fría y sensual, laberíntica y directa, femenina y masculina. Enunciados los polos, es el momento de analizar algunos.

El límite al que llega en sus pinturas, en cuanto a las referencias —más o menos evidentes— de lo orgánico: pubis, células, gotas, vellos, arcos sensuales del cuerpo, están alentando una tensión sensorial que antes de llegar al límite o clímax serán contenidas apuntaladas secretamente por una arquitectura geométrica, de exquisita síntesis. Apenas unas líneas, el esbozo de una forma geométrica, son los gestores del balance.

Esto mismo acude a nutrir las sensaciones y visiones de lo rígido y lo molle. Una cadera, un muslo… ¿Nos atrevemos a verlo evidentemente agigantado? ¿Es eso lo que leemos? ¿Es esto lo que pintó? En cuanto nuestras respuestas más afirmativas se tornan, más claramente va apareciendo su contrapeso de otras formas, otras tensiones espaciales, rectas frente a zonas luminosas. Es así como una pintura de escasos elementos alude a muchos más recursos de los que se visualizan sobre la superficie de la tela. Y con esas tensiones crea un

barroquismo pleno de personalidades sugerencias, despojado, dramático en sus tensiones. Como aquel personaje de Velázquez que, parado con su guante en la mano, parece tan bien parado y no hay una sola indicación de horizonte, de habitación, de nada en donde él pueda sostenerse.

En esta presentación discursiva-crítica, los demás polos quedan citados. Queda la posibilidad de desarrollarlos en cada quién o tal vez nosotros en alguna otra oportunidad. Porque lo que si debemos ahora trabajar son las acepciones de lo oculto y lo evidente —que si bien es otro par de opuestos— alude a instancias genéricas de su quehacer y por ello lo tratamos separadamente.

Oculto versus Evidente

La tensión que in crescendo muestra zonas erógenas y alimenta la libido atiende al aspecto de mostrar, evidenciar, desocultar. Mientras que su contraste, actuando asimétricamente, pero ocupando en el balance algo así como la mitad de la superficie pictórica, oculta todo aquello que parecía el gran desocultamiento. Así organiza Leticia Ocharán las sensaciones en el espacio.

El modelo de inspiración está presente en cada una de sus obras, pero se escapa, se evade tangencialmente hacia nuevas perspectivas. En esas nuevas perspectivas, dicho motivo inspirador, es referido, pero ocultado a la vez, mostrado y negado. Entonces, tomando aspectos de la realidad, y de la abstracción, de la geometría, Leticia Ocharán, nunca muestra su sujeto como una cruda evidencia.

Corolario Posesivo

Un aspecto posesivo, para el espectador del sujeto en cuestión —las obras de Leticia Ocharán y sus sujetos internos, tradicionalmente llamados temas y/o motivos—, es

que cada una de las obras se apropia de los sentidos, entrampándolos, desarrollándolos, provocándolos. Un mundo posesivo semirepresentativo que produce un nosotros una reacción tanto epidémica como endodérmica y que alude a aspectos sensibles y racionales, entendidos y pintados, dibujados y grabados por Leticia Ocharán.

Graciela Kartofel
México, julio de 1983.

Casa de la Cultura Leticia Ocharán

En la colonia Carmen Serdán, que forma parte de la delegación (hoy Alcaldía) Coyoacán, se impuso el nombre de la pintora Leticia Ocharán a la Casa de la Cultura que se ubica en Calzada de la Virgen y Canal Nacional. En la ceremonia habló el crítico Alberto Hijar, dos actores leyeron textos de Efraín Huerta, Thelma Nava, Enrique González Rojo-Arthur, Ramón Oviero, Óscar Wong, Carmen de la Fuente, Lourdes Sánchez y Aurora Reyes, todos dedicados precisamente a la homenajeada. En la misma ocasión se inauguró una exposición de obras y textos de Fanny Rabel, Susana Campos, Eliana Menasé, Laura Elenes, Cecilia Sánchez, Arturo Estrada, Carlos García Estrada, Rodolfo Aguirre Tinoco, Hugo Covantes y el gran Hersúa. Al final tomó la palabra Roberto López Moreno, quien dio las gracias a quienes hicieron posible ese homenaje.

Humberto Musacchio
Periódico Reforma.
Sección: República de las Letras.
Lunes 3 de abril de 2000.
Sección: Cultura, 3 C.

Un largo adiós

El miércoles 5 de noviembre, en un diario capitalino, el periodista Manuel Blanco, bajo el brevísimo título de Leticia Ocharán, publicó los siguientes dos párrafos que ahora trascribo:

"Perdona, Leticia, que escriba este texto tan breve y desesperanzado, cuando que debería ser (lo será pasado mañana tal vez) todo lo contrario. Porque tu vida fue valiente y hermosa y llena de sabiduría.

Pero nunca había visto a un hombre tan triste como a Roberto López Moreno, tu compañero y mi entrañable amigo, en la mañana siguiente de tu muerte".

Los dos párrafos giran sobre dos puntos en lo que siento la necesidad de detenerme; el primero habla de una vida valiente, hermosa y llena de sabiduría. Todo aquél que conoció a Leticia lo supo bien. Se trataba de una mujer bella, creativa, bastante informada, dotada del arma de la inteligencia. Pocas veces he tenido oportunidad de estar frente a procesos de discernimiento tan deslumbrantes.

El valor y la sabiduría de las que habla Manuel Blanco estuvieron al servicio, siempre, de las nobles causas en lo general, y en lo particular, fueron utilizados en la defensa de la dignidad de su gremio. Ella fue una decidida defensora de los derechos de autor y en diferentes foros, tanto nacionales como extranjeros, señaló una y otra vez que los artistas plásticos en México viven continuamente situaciones de deterioro.

Denunció, además, que las autoridades mexicanas jamás han cumplido los acuerdos internacionales firmados con otros países referentes al libre tránsito de obra, así como otras muchas anomalías que afectan a los artistas plásticos del país. Este tipo de actividades las realizó como pintora y crítica de arte, pero también, en su momento, como presidenta, durante los periodos consecutivos, de la Asociación Internacional

de Artistas Plásticos (Comité Mexicano) pertenece a la UNESCO. Así fue como viajó por todo el mundo (Nueva York, Madrid, El Cairo, Seúl, Sao Paulo, La Habana…) en defensa de los intereses de sus compañeros. Como expositora de su propia obra también estuvo en San Francisco, Puerto Rico, Caracas, Sevilla, Plovdiv, dentro un etcétera interminable.

En su constante trajinar fue amiga de escritores comprometidos con las causas populares y del trato con ellos, y su ingreso, se derivaron muchas anécdotas. Cuando intentamos publicar libros con un exiguo capital suyo y mío, que solamente nos permitió la edición de seis títulos bajo el sello de Ediciones TEA (las siglas del Taller de Expresión Artística, que ella fundó) le pidió un libro a Enrique González Rojo-Arthur y este, de inmediato, le mandó una selección de poemas bajo el título de Con la matriz en alto.

Ella bailaba como nadie los ritmos afroantillanos, con un cálido sabor tabasqueño. Por eso, para una de sus exposiciones, el texto de presentación —que esa vez corrió a cargo del poeta Efraín Huerta— empezaba diciendo: "Porque la he visto bailar…"

Cuando se conocieron Juan de la Cabada y ella, en una de las tantas reuniones en el Taller de Gráfica Popular, el escritor le comentó: "Pero qué enorme parecido tienen Elenita Poniatowska y tú", y ella, con su ingenio de siempre, en el vértigo del relámpago le respondió: "Sí, nada más que si te fijas bien verás que hay cierta diferencia, ella tiene cara de mosquita muerta y yo de mosquita viva". Y ahora, en este trance, Leticia Ocharán siguió conservando su vital sonrisa con la que no perdonó nunca a quienes su verticalidad no podía perdonar.

El segundo párrafo de Manuel Blanco habla de la tristeza en la que él me vio inmerso al día siguiente del fallecimiento, acaecido el pasado 23 de octubre. En nuestro matrimonio, que duró cumplidos 20 años, yo era el escritor, sin embargo, ella, la pintora y crítica de arte, la que dejó dos murales para su tierra natal, Tabasco, y una buena cantidad

de grabados y obra de caballete, la creadora de instalaciones y promotora al lado de César Espinosa de la "poesía visual" y otras artes alternativas, fue mi constante enseñanza.

Al morir Leticia, me deja, respecto a los asuntos del alma, empobrecido y solitario, con una rabia en el puño por lo injusto de su muerte, por la canallesca traición que le hizo la vida, a ella, que hasta el último segundo de sus latidos luchó por vivir con una pasión que nunca antes había visto en mis 55 años de existencia. Esta mía es una rabia empuñada que no sabe en dónde descargar su negra furia.

Así fue siempre en esto de los arrebatos; siempre hubo una clara inteligencia a mi lado, como freno, cuando se me desbocaban las iras al hablar de la cultura en México. Siempre hubo el talentoso discernimiento que con cariño me aclaraba las cosas desde el fondo de unos hermosos ojos verdes.

Luego, en el día que reseña Blanco, hubiera querido hablar con Leticia (que así, dormida, estaba más bella y serena que nunca), decirle que en la noche habían ido a despedirse de ella José Luis Camacho y Enrique Ramírez y Frida Modak y Maysa Moya y que éramos apenas un grupito adolorido en torno suyo.

Y que al otro día se había desbordado en torrente el resto de sus amigos. Me hubiera gustado haberle dicho: "Mira, Leticia, esta multitud, aquí están Lourdes y Cecilia Sánchez, quienes donaron gustosas su sangre en el 20 de Noviembre, y Susana Campos, y Alberto Híjar, y Carlos García Estrada, y Mario Rendón, el director de La Esmeralda, y en donde diste clases en tus últimos días, y Fausto Trejo, y Raúl Macín, y Miguel Ángel Guzmán, y Juan Helguera, y Aguirre Tinoco, y Zenteno Bujaidar, y Jorge Meléndez, y Luis Arellano, y René Villanueva, y Gutiérrez Oropeza, y Dolores Rodríguez, y Mauricio Ruiz.

"Y Manuel Blanco, en su silla de ruedas, y prendida en un costado la bolsa de su diálisis, y Moisés Orozco, jalando su tanquecito de oxígeno sobre ruedas como fue un día a un recital mío, hecho que te impresionó tanto aquella vez, y Blanca

Garduño la directora del museo Diego Rivera, e Isabel Gracida, quien en tus tres últimos lunes te llevó cariñosamente en su coche a que dieras tus clases en la escuela de pintura, y Fanny Rabel quien te dejó escrito en un pequeño papel: "Adiós, querida compañera… te extrañaremos mucho. Fanny", y Alicia Messeguer, y Carmen y Magdalena Galindo, y Raquel Cobián, y Laura Elenes, y Rolando Arjona, y Miriam Lechuga, metida también como tú a la defensa de los derechos de autor, y decenas y decenas, y más de intimísimos amigos tuyos y míos".

Y el torrente, Leticia, arreglos florales, del Instituto Nacional de Bellas Artes, del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, del Fondo Nacional de Creadores Artísticos, de La Esmeralda, del Salón de la Plástica Mexicana, del Gobierno de Tabasco (recuerdo que ella hablaba de una cierta amistad con López Obrador, de él no hubo ahora presencia de ningún tipo, debe estar atareado con sus asuntos políticos), del Salón de la Estampa, de la AIAP/UNESCO, del periódico *El Día*, de Enrique Rojas Bernal, y el colectivo de María Luisa Cabanillas y Lourdes y Cecilia Sánchez, y…

El 29 de octubre, en el periódico *El Día*, ese acucioso cronista de nuestras cosas, don Ricardo Cortés Tamayo, en su columna "Del Zócalo al Periférico", escribió: "Duelo por Leticia Ocharán, sin calificativos oficiosos, perfil emérito de Tabasco y de México, su acto pictórico y pensamiento sobre este arte le dieron esta eminencia; queda, pues, en el registro de nuestra cultura. Tuvimos nosotros ocasión de tratarla y saber de su personalidad amistosa, agudeza y serenidad de juicio, en sesiones de reconocimiento de Jesús Álvarez Anaya, coordinador del Taller de Gráfica Popular, al que ella perteneció largos años. Esta nota de duelo se extiende a Roberto López Moreno, en el cuadro brillante del hacer de *El Día*, esposo de Leticia, periodista, poeta, prosista admirado". Gracias, don Ricardo.

Leticia, ahora me siento solo como nuca, en el momento en que te escribo estas líneas, sin saber —así sucedió tantas

veces— cómo manejar la computadora que siempre me ayudabas a destrabar, y repaso toda tu enseñanza de vida, que fue inconmensurable, y releo estremecido a don Ricardo y los dos párrafos que escribió Blanco, y dos lágrimas me ensombrecen esta tarde. Y siento un nudo en el pecho, que me asfixia, y unas grandes ganas de mentar madres, pero no sé a qué ni a quién. Te deposito un beso en el aire… Adiós.

Roberto López Moreno
Periódico: Excélsior.
Sección Cultura.
Domingo 30 de noviembre de 1997.

Los ingleses de Kestelman

Leticia Ocharán, pintora y crítica de arte a quien perdimos para siempre en octubre de 1997 fue, durante dos gestiones consecutivas, presidenta del Comité Mexicano de la Asociación Internacional de Artistas Plásticos AIPA/UNESCO y como tal viajó por todo el mundo en defensa de los derechos de los artistas y a favor de un trato más digno a los autores. Yo, como su esposo que fui, la acompañé más de alguna vez a esos sus viajes en donde se reunía con pintores de otras partes del planeta que se encontraban en similares empeños.

Así fue como en uno de nuestros tramontares estuvimos en la ciudad de Londres, a donde llegó ella para establecer contacto con el pintor abstracto Morris Kestelman, quien a su vez fungía como presidente de la AIAP de la Gran Bretaña. Dos artistas, pues, trabajando en la misma dirección, dos creadores profundamente preocupados por su gremio saludándose, aboliendo la distancia impuesta por el gran océano.

Kestelman —todo un caballero inglés, aunque descendiente de polaca y ucraniano— nos recibió en su domicilio de Belzaize Park Garden, en el segundo piso de una casa típicamente londinense, al culminé de una escalera de crujiente madera, cubierta en la parte central de los escalones por una alfombra roja dibujada con flores impresas en color oro. Todo recién pintado. Todo envuelto por la acogedora tibieza de la madera. Todo tocado por la atmósfera de una sonriente cordialidad.

Entre el humo del té del obligado té londinense; entre las evoluciones grisáceas subiendo, expandiéndose en el ambiente, en aquel espacio que la atmósfera inglesa nos reglaba esa tarde, en una flor de pasados librescos y presentes muy vivos que borboteaban en nuestra imaginación, se fue abriendo paso la conversación sobre el tema que dominaba en los ánimos

de Leticia y Kestelman, el asunto de los pintores, de allá y de acá, de acá y de allá unidos por un mismo lazo de intereses gremiales.

Mientras iniciaba desde mi lugar, mi actitud expedicionaria por aquella casa tan británica empecé a escuchar en un español salpicado con palabras en inglés, luego en un inglés salpicado con palabras en español, frases para mí de sobra conocidas por mi relación tan cercana con Leticia; capturaba, pues sonoridades que configuraban frases como "derechos de autor", "libre tránsito de aduanas", "incumplimiento de los gobiernos a los acuerdos firmados ante la UNESCO", "legislación para la protección de los artistas", y cosas por el estilo que a estas alturas me eran ya tan familiares.

En uno de los estantes (inicié mi revisión) había unos cuantos discos LP de Henry Purcel, y de algunos otros (no muchos) compositores, seguramente ingleses también, que no pude reconocer. El momento invitaba a seguir revisando el ámbito del pintor mientras los dos artistas seguían hablando de sus planes de acciones conjuntas de defensas gremiales y de intercambios artísticos.

El humo del té se paseaba por aquellos interiores y era como un mismo humo que todas las tardes se repetía para Kestelman y ahora nos hacía partícipes de su costumbre a los dos visitantes acomodados en aquella placentera tarde. La Asociación Internacional de Artistas Plásticos, mantenía ahora en conversación a dos de sus representantes: a la presidenta del Comité Mexicano, al presidente del Comité Inglés. Yo, un semintruso curioseando.

Mientras Leticia y él hablaban, y los tres tomábamos té vespertino, entre estantes blancos cargados de libros, mi vista recorrió —a rabillo de ojo y hasta donde podía llegar— algunos títulos de los tomos colocados sobre aquellos estantes; había obras de escritores de diferentes partes del planeta, pero predominaba, ostensiblemente, diferentes secciones de Marcel

Proust, grandotas y delgadas, chiquitas y gordotas, con tapas de color azul y letras doradas, con tapas de color rojo…

En una pausa de su conversación con Leticia, sonriente se dirigió a mí y me hizo notar que se había percatado de mi interés por los libros reposantes en los estantes blancos. Entonces hablamos de su admiración por Proust y de mi extrañeza por el hecho de que en aquellos estantes no hubiera autores ingleses. Kestelman se levantó y me pidió que le acompañara. Siempre risueño, hombre de considerable altura, de escasa cabellera plateada, enmarañada a su modo sobre la reluciente extensión calva coronando su rostro ameno, colorado, iluminado por unos ojos verde-gris cubiertos con grandes anteojos claros y redondos, abrió una puerta también pintada de blanco y me invitó a ingresar en su mundo de maravillas. Toda la historia de la literatura inglesa estaba ahí; y parte de su vida, la de Kestelman, ahí estaba también, rebullente en aquel breve espacio que solamente era el universo, pero nada más.

Ediciones antiquísimas. Ediciones modernas. Desde una de las esquinas de aquella biblioteca nos miraba Chauser, dispuesto a contarnos una vez más sus historias; el poeta John Donne nos atisbaba metros adelante; se levantaban como en un eco lejano y próximo a la vez, los siete pecados capitales recitados por la voz quebradiza de John Gower, montado entre latín y la nueva lengua; los alegatos de Lutero; Surrey proponiendo la novedad de su verso blanco, encabalgándolo al estilo de Virgilio, pero ahora libre de su prisión en el castillo de Windsor.

En otro punto de ese universo dialogaban Spencer y Sydney, quienes vibraban en Milton y en el poema de Keats, sumándose en un Shakespeare navegando en el Avon, a la entrada de Stratford. Y luego los de nuestra era, libreros habían cargados con las palabras de Aldous Huxley, Anthony Powell, su admirado irónico novelista moderno, Iris Murdoch…

Al salir nuevamente a la estancia en donde Leticia nos esperaba y ver los cuadros abstractos sobre las paredes me di cuenta, de golpe, que los ingleses de Kestelman se habían apoderado de las paredes del pintor, de las escaleras de madera, del aire que respirábamos. Y más, porque al salir, al despedirnos, al dar los primeros pasos sobre la calle comprobé que los ingleses de Kestelman vibraban, llenos de vida, en la atmósfera de Belzaiza Park Garden, en el cielo de Londres, que se habían apoderado, por derecho propio, de la dorada luz de aquella tarde, que dueños han seguido siendo siempre de los días y de las noches de Inglaterra. Y de eso, los cuadros de Kestelman lo sabían todo. Algo de ello quedó vibrando después en los pinceles tropicales y abstractos, tabasqueños y universales de Leticia Ocharán, la pintora de los bellos ojos verde-sureste.

Roberto López Moreno



“Este es el mural que Leticia Ocharán estaba realizando en el Parque de la Choca en Villahermosa, Tabasco. Después de ser terminado el ex gobernador priista Roberto Madrazo lo destruiría para levantar en su lugar un restaurante de Mariscos”.



Leticia Ocharán con su padre el doctor Ocharán y su hermana.

Índice

Prólogo / 5

Los libros acerca de la pintora

"Leticia Ocharán 20 Obras" (fragmento), Andrés González Pagés / 11

"Leticia Ocharán Eros y Tánatos. Lo simple y lo complejo" (fragmento), Alberto Híjar / 14

"Leticia Ocharán Abstracción y sugerencia de lo real" (fragmento), Antonio Rodríguez / 18

"Leticia Ocharán La urbe que fue clara", Armando Torres Michúa / 24

Iris feminista

"La crítica como un potencial subversivo", Ysabel Gracida / 29

Dos críticas de arte

"Una semblanza", Berta Taracena / 37

"Los derechos de los artistas", Leticia Ocharán / 39

Uno de sus maestros

"Leticia Ocharán", Mariano Paredes / 45

De sus compañeros

"Retrato", Francisco Zenteno Bujaidar / 49

"Coatlicue", César Espinosa / Araceli Zúñiga / 51

"Nuestra compañera", Susana Campos / 53

Opiniones en una exposición, VV. AA. / 55

La pintora y los poetas

"Leticia", Carmen de la Fuente / 63

"Sueño y antisueño en una bella artista", Thelma Nava / 64

"La alegría de pintar", Efraín Huerta / 65

"Trascendiendo los relojes", Enrique González Rojo Arthur / 66

(---), Leopoldo Borrás / 67
"Un lenguaje de luz", José Manuel Recillas / 68
"La Ciudad de México o la urbe que fue clara",
Dionicio Morales / 69
"Amanecer de jaguares", Aurora Reyes / 70
"Medidas", Miguel Guardia / 71
"De pez a reptil de reptil a ave", Lourdes Sánchez / 72
"No", Lourdes Sánchez / 73
"A Leticia", Lourdes Sánchez / 74
"Ceremonial para Leticia", Oscar Wong / 75
"Pupilas en verdes", Roberto López Moreno / 76
"Noche-Día", Roberto López Moreno / 77
"Entre Manet y Gauguin", Roberto López Moreno / 78
"Estación Coyoacán", Roberto López Moreno / 79
"Leticia/amiga", Ramón Oviero / 80
"Exposición", Ángel Carlos Sánchez / 82
"Cara-A-Cara", Jorge Solís Arenazas / 83
(---), Jorge Solís Arenazas / 84
"Cinco cuadros", Miguel Ángel Aguilar Huerta / 86
"Canto a Leticia Ocharán",
Miguel Ángel Aguilar Huerta / 88
"Dios y Leticia Ocharán", Héctor Carreto / 90
"El fuego" / "El agua" / 91
"El aire" / 92
"La tierra", Ylia Kazama / 93
"Los ojos de Leticia", Martha Obregón Lavín / 94

La pintora y los periodistas

(---), Socorro Díaz / 101
(---), Manú Doenbierer / 102
"El mundo de Leticia Ocharán" / 103
(---), Antonio Rodríguez / 106
"Leticia Ocharán: Corolario posesivo",
Graciela Kartofel / 108
"Casa de la Cultura Leticia Ocharán"
Humberto Musacchio / 112
"Un largo adiós", Roberto López Moreno / 113
"Los ingleses de Kestelman", Roberto López Moreno / 118



De esta primera edición de *Leticia Ocharán, corazón del sur*, coordinado por Roberto López Moreno, se imprimieron 500 ejemplares. El tiro fue impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda, 09810, Iztapalapa, Ciudad de México, en el mes de octubre de 2026, para conmemorar el 29 aniversario de su fallecimiento. La edición y el diseño estuvieron a cargo de Iván Cruz Osorio.